

# Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio

## **Jorge Luis Acanda González**

*Profesor. Facultad de Filosofía e Historia,  
Universidad de La Habana.*

## **Aurelio Alonso**

*Sociólogo. Casa de las Américas.*

## **Narciso Cobo Roura**

*Juez. Presidente de la Sociedad Cubana  
de Derecho Económico.*

## **Alexis Codina Jiménez**

*Profesor. Centro de Estudios de Técnicas de Dirección,  
Universidad de la Habana.*

## **Ramón de la Cruz Ochoa**

*Jurista. Profesor Adjunto de la Facultad de Derecho,  
Universidad de La Habana.*

## **Rafael Hernández**

*Politólogo. Revista Temas.*

## **Enrique Gómez Cabezas**

*Ingeniero. Director del Programa de Trabajadores Sociales.*

## **Carlos Lage Codorniu**

*Economista. Presidente de la Federación Estudiantil  
Universitaria.*

## **Oswaldo Martínez**

*Economista. Director del Centro de Investigaciones  
de la Economía Mundial*

## **Isabel Monal**

*Filósofa. Directora de la revista Marx Ahora.*

## **Concepción Nieves Ayús**

*Filósofa. Directora del Instituto de Filosofía.*

## **Fernando Rojas Gutiérrez**

*Ensayista. Viceministro de Cultura.*

con

## **Daybel Pañellas**

*Psicóloga y profesora. Universidad de La Habana.*

La transición socialista cubana es un proceso no siempre bien comprendido dentro de la Isla, y muy tergiversado fuera. Además de constituir una realidad histórica desenvuelta a lo largo de diferentes etapas, esta transición se ha formulado desde los primeros años 60 —en textos clásicos de Fidel Castro y Che Guevara, así como de otros dirigentes e intelectuales cubanos—, hasta el periodo más reciente, con un referente común: la construcción de una sociedad más justa, equitativa, participativa, soberana, y con más altos y repartidos estándares de bienestar, libertad y dignidad ciudadanos. Su continuidad se expresa en la reiterada voluntad de desarrollar y corregir el sistema: «Queremos una transición para perfeccionar y hacer mejor nuestro socialismo», afirmó Raúl Castro apenas rebasado el momento más duro del Período especial (Juventud Rebelde, 7 de mayo de 1995).

Los problemas de la transición motivan la preocupación y el interés de los más diversos grupos sociales, y se discuten en una amplia gama de instancias y espacios, formales e informales, a lo largo de la Isla. Hemos elegido solo algunos de esos problemas, para someterlos a un panel de personas que se distinguen en el

campo de las ideas y el conocimiento, en la práctica social y política, pertenecientes a diferentes profesiones y generaciones. Les agradecemos su inmediata disposición y el tiempo dedicado —a pesar de sus muchas ocupaciones—, para contribuir a profundizar en complejos asuntos que, por su naturaleza, rebasan la contingencia inmediata. Este simposio no pretende que el lector saque sus propias conclusiones acerca de problemas cuya envergadura y resolución superan el alcance de estas páginas, sino apenas que considere algunas de sus facetas más significativas para la transición socialista y su futuro.

**Rafael Hernández / Daybel Pañellas:** En Cuba, ha habido varios ciclos de cambio o periodos de transición socialista —económica, social, política, cultural, ideológica— en el último medio siglo. La Revolución subvirtió el orden capitalista y formuló un proyecto socialista alternativo de carácter radical en los años 60; adoptó un modelo institucional más próximo a los socialismos históricos del este europeo en los 70; lo sometió a un debate crítico nacional durante la rectificación en la segunda mitad de los 80, antes de entrar en la crisis y las reformas del Período especial

en los 90, que trajeron consigo un nuevo ciclo de cambios y, de hecho, nuevos elementos en el funcionamiento del sistema.

¿Existe un período de transición o de cambio en curso actualmente? Si es así, ¿cómo lo definiría en relación con los anteriores?

**Jorge Luis Acanda González:** Sería un error pensar que una sociedad puede permanecer estática, en cierto momento empezar a transitar hacia algo diferente, y después volver a quedar inmóvil. La cuestión de la transición radica en determinar de qué tipo es y hacia dónde se dirige. Pero este asunto se complica debido a que *período de transición* en la *Vulgata* marxista —es decir, en el marxismo dogmático— fue el cliché para denominar una supuesta etapa intermedia entre el triunfo de la revolución y el comienzo del socialismo; en otras palabras, «la transición del capitalismo al socialismo». Este concepto, propio del esquema tradicional que desarrolló ese marxismo soviético dogmático, mecanicista, economicista, establecía etapas predeterminadas del desarrollo de la sociedad. Según este enfoque, primero ocurría el triunfo de la revolución, la toma del poder, y luego empezaba un período de transición en que se iban eliminando las relaciones de producción capitalistas y surgían las nuevas relaciones de producción socialistas. Esos dos tipos de relaciones iban coexistiendo, debilitándose las capitalistas y fortaleciéndose las socialistas, hasta que llegaba un momento en que las antiguas habían desaparecido y solo existían las nuevas. Sería entonces cuando terminaría el período de transición. Esta visión implicaba que todos los países socialistas, y sus respectivas Academias de Ciencias, se veían en la obligación de establecer la fecha de inicio y terminación de esa transición. Para los soviéticos, este período concluyó en 1936, porque ya en esa época —según ellos mismos plantearon—, habrían desaparecido todos los rezagos del capitalismo y habría comenzado algo llamado socialismo.

Hablar ahora de período de transición podría quizás despertar evocaciones inadecuadas en las generaciones que vivieron las discusiones suscitadas en Cuba al respecto, durante los años 70 y 80, hasta la debacle del socialismo. Entonces se decía que en la etapa de transición, el Estado asumía la forma de dictadura del proletariado; y que al rebasarse el período de transición *al* socialismo, este se volvía irreversible. ¿Por qué? Puesto que ya se habrían eliminado todas las relaciones de producción capitalistas, y todos los grupos sociales portadores de estas, las únicas clases que quedarían serían la clase obrera, el campesinado y los intelectuales. Por lo tanto, se deducía que de donde único podría emerger el capitalismo sería de una invasión extranjera.

Si la pregunta se formula en términos de definir la existencia en Cuba de un nuevo período de transición, sería necesario responder exorcizando el propio concepto. Ahora bien, si la pregunta fuera simplemente:

¿se está transitando en Cuba?, la respuesta sería que no hay forma de no estar transitando, pues en toda sociedad hay movimiento, y en ese sentido todo el mundo transita. Si se reformulara de esta otra forma: ¿hacia dónde tiende el movimiento social en Cuba, o hacia dónde va la transición?, entonces el problema tiene otras dimensiones.

Desde el año 1985 hasta hoy, las dinámicas del cambio han sido fuertes y diferenciadas. La llamada rectificación tenía como idea eliminar todo lo que tuviera que ver con mecanismos de mercado, retornar a un modelo que se apoyara más en otro tipo de resortes. En 1993, se inicia otra estrategia, que no busca un retorno, sino asumir las nuevas realidades y crear otras estructuraciones, no solo económicas, sino de aperturas de espacios y redimensionamiento del Estado. Este recortó muchas de sus tareas y funciones; la contractualidad comenzó a tener entonces un papel más importante en la relación Estado-individuo. A partir de 2005, el Estado tiende a asumir funciones anteriores, como por ejemplo, la cuestión de garantizar el pleno empleo. La transición se encamina en otra dirección. En general, podría decirse que la política de la transición se encuentra hoy ante una alternativa: mayor centralización del poder y la propiedad, o por el contrario, mayor socialización.

**Aurelio Alonso:** En torno al concepto de transición se han polarizado las posiciones ideológicas. Es necesario rescatarlo como una noción que denota una secuencia de cambios o reformas que pueden orientarse hacia una transformación radical del conjunto de la estructura social. En ese sentido, Cuba sí se encuentra en una transición. Desde 1959, ha tenido logros y también fracasos, ha adoptado rumbos que se han ido modificando en el camino, y sigue enfrentando numerosos desafíos.

Diría que hoy se trata de una transición dentro de la transición, generada después del derrumbe del socialismo en Europa del Este, con la quiebra de las fórmulas que caracterizaron el experimento socialista del siglo xx. Pero no se trata de un proceso de transición revertida, como ha sucedido en los países de Europa del Este. Las cuatro experiencias socialistas que sobreviven a nivel mundial —la china, la vietnamita, la coreana y la cubana— nacieron inspiradas en aquel experimento, pero han modificado su rumbo y reiniciado sus proyectos de reformas con otros derroteros, en búsqueda también de un ideal socialista. La nuestra es la única en Occidente.

Cuba inició su transición con muy poca experiencia y escasos referentes, aunque desde el comienzo con inspiración martiana. Siempre ha habido un sustrato martiano muy fuerte en nuestra ideología socialista. Pero la transición cubana se diferencia de su matriz, la

socialista iniciada por la Revolución bolchevique, en que durante los diez primeros años de nuestro experimento socialista, buscaba constituir un modelo autónomo, capaz de articularse en el sistema mundial de relaciones internacionales, no a través del bloque soviético —término absolutamente legítimo, a mi juicio, también— sino de manera independiente.

En aquella época, algunos interpretaron que el modelo cubano se estaba alineando con el chino. De hecho, hay que reconocer que China tiene el mérito de haber buscado y mostrado, por primera vez, que era posible y hasta necesario asumir el experimento socialista de una forma autónoma, no subalterna a los lineamientos que el Kremlin trataba de imponerle al resto de los socialismos. Esto tuvo lugar muy temprano, por supuesto, y también generó una confrontación muy fuerte con Moscú. Ahora bien, en su proyección política e ideológica, los chinos no se limitaron a defender un modelo autónomo, sino que, como país grande y muy poblado, tuvieron una visión de potencia competitiva, en la esfera internacional respecto a la influencia de la Unión Soviética. Esta política dio lugar a divisiones en los partidos comunistas en todo el mundo; e incluso trató de ejercer influencia en la Revolución cubana, rechazada públicamente por la dirigencia cubana, encabezada por Fidel, a mediados de los años 60. Cuba procuraba enrumbar su transición hacia un socialismo que no fuera subalterno al soviético, ni al chino. Esa época, en la que se cometieron también algunos errores, no estuvo exenta de dogmatismos; pero también hubo espacios de apertura, polémicas, debates, relacionados con la aspiración a mantener esta autonomía desde la política y desde el pensamiento, hasta que la economía cubana tuvo que admitir su bancarrota, después de la Zafra de los Diez millones; y la única salida disponible entonces fue la incorporación al CAME. Esta alianza económica también tendría implicaciones en el plano ideológico, aunque en la política internacional Cuba logró mantener una autonomía —característica de la impronta de Fidel— con la cual desarrolló el liderazgo de nuestra solidaridad con África, por ejemplo.

La soviétización ideológica no se debió solo a la relación con la URSS, sino a que entre nosotros también hubo una tendencia que la favorecía. Si bien desde su comienzo la transición tuvo un objetivo de justicia social, equidad, soberanía, esta modifica sus mecanismos, algunos de sus rumbos, sus pasos estratégicos menores, a principios de los años 70; y se articula al sistema soviético. Ahí se produce por primera vez una transición dentro de la transición. Se abandona la búsqueda de un modelo diferenciado, se impone la uniformidad ideológica y se reducen los espacios de debate.

Después del derrumbe del modelo socialista implantado en el siglo xx, se revela para Cuba y para

todo el mundo que pretende seguir siendo socialista, la necesidad de iniciar otra transición dentro de la gran transición hacia el objetivo socialista. Esta es una tercera etapa. Pero la estructura económica, el sistema de dirección y planificación de la economía, las estructuras políticas, la institucionalización del país se diseñaron sobre esquemas que, en general, copian el soviético. Hoy no hemos superado del todo los lastres de ese modelo, que es el del socialismo del siglo pasado.

Resistir y subsistir son dos conceptos distintos, no co-extensivos, pero sí muy relacionados; pues se trata, a lo largo de los 90, de resistir y subsistir en el plano de la continuidad de la sociedad cubana. Por otra parte, a partir del cambio de siglo existe un marco externo que vuelve a darle a Cuba una esperanza fundamentada de recuperación económica. Un proyecto de justicia social es sostenible, y puede reproducirse de manera ampliada a partir de que cree también un soporte económico. No lo tenemos todavía, y se dificulta por las condiciones de bloqueo, pero la suficiencia económica es imprescindible.

**Narciso Cobo Roura:** El término transición admite diferentes aproximaciones. Se suele hablar hoy de transición cuando se quiere significar el paso de una economía socialista a una economía de mercado. Este no es nuestro caso. Y habría que pensar dónde colocar otras experiencias como las de China o Viet Nam. De cualquier manera, toda transición supone que exista un modelo, un referente, una determinada dirección hacia la cual se transita. En nuestro país, creo, podemos hablar de una transición cubana como una continuidad. Estábamos —y estamos— en una fase de transición hacia el socialismo, que se vio dramáticamente interrumpida por el Período especial, y que hoy se está viendo estorbada por otros fenómenos, quizás de mayor complejidad.

No creo que transición y cambio sean términos intercambiables. Transitar siempre supondrá cambios. No estoy seguro de que suceda a la inversa. De manera necesaria, la transición presupone una dirección, y toda dirección, a su vez, una meta, un modelo, y todo modelo, una conducta. Ahí es donde interviene el Derecho. De alguna manera, es esa su principal función ordenadora: postular conductas. Toda norma encierra una expectativa de conducta, como también encierra o tutela un determinado valor.

Pero igualmente puede pasar que se establezcan determinadas conductas cuya exigencia resulte, por el contrario, disfuncional y generadora de contradicciones. Por ello, el cumplimiento o incumplimiento de una norma encierra un mensaje; es un indicador, nada despreciable, de qué tan acertada —o errada— fue la elección del modelo de conducta a seguir. Personalmente, no creo que le hayamos hecho mucho

caso a este indicador. Y esto tiene un costo social. Es de los fenómenos que hoy afectan nuestra transición.

Tenemos bastantes problemas que parecen estorbarla, al menos en lo que se refiere a la organización de las relaciones de producción, y que muchas veces obstaculizan no solo el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, de las que hay una enorme potencialidad, sino también el proceso mismo de transformación del hombre como elemento central en la transición que nos proponemos. Esa es mi mayor preocupación.

A fines de la década de los años 80, el Llamamiento al IV Congreso del Partido fue un momento importante para nuestro país, de enjuiciamiento crítico de lo que podía lastrarnos en nuestro proyecto social. No es solo que entonces hubiera polémica sobre la transición, aunque se escribió sobre el tema, sino que, en lo fundamental, se polemizó sobre nuestra realidad, sobre los principales problemas que entendíamos nos afectaban y concernían a todos. Fue algo que realmente movilizó nuestra capacidad de repensarnos. Estos casi veinte años transcurridos han incorporado una reflexión más madura sobre los problemas de la transición, pero hay que hacerle un espacio mayor.

**Alexis Codina Jiménez:** Pienso que el «período de transición o cambio actual» es parte de la situación que se creó a inicios de los años 90, con la desaparición de la URSS y el campo socialista. Repentinamente, perdimos más de 80% de nuestras fuentes de abastecimientos externos y mercados de nuestras exportaciones, además del tipo de relaciones de colaboración y planes a largo plazo que le otorgaban al país una relativa estabilidad para planificar su economía y propiciar su desarrollo social. En menos de tres décadas, Cuba tuvo que enfrentar una reestructuración completa de sus relaciones externas, fuentes de suministros, equipamiento tecnológico, etc. Ya habíamos tenido que hacerlo al inicio de los 60, cuando los Estados Unidos rompieron completamente con Cuba e iniciaron el bloqueo. Pero ahora era más difícil, con los Estados Unidos como única super-potencia, arreciaron el bloqueo y las agresiones (leyes Torricelli y Helms Burton, mercenarios contratados por Posada Carriles poniendo bombas en hoteles) con todo su poderío para destruirnos. En tres años, el PIB cayó 35%, cientos de empresas pararon, miles de trabajadores quedaron sin empleo. Es difícil encontrar un país que haya tenido que enfrentar una situación como esta.

He recordado esto porque la recuperación que hemos tenido en algunas actividades y los altos ritmos de crecimiento de la economía en los últimos años han generado en algunos compañeros cierta impaciencia por ver los resultados. Pero la «descapitalización» de más de una década no se recupera rápidamente. Empezamos por la reparación de todas las escuelas,

después los hospitales, la generación de electricidad, entre otras; pero el transporte (interprovincial y local), la red de viales, abastecimiento y distribución de agua, puertos, construcción y reparación de viviendas —que ya tenía importantes déficits acumulados— y la recuperación de esas ramas requiere incontables recursos y esfuerzos. Muchas de estas actividades son «nudos de enlace» y de apoyo, vitales para el desarrollo económico-social del país y su recuperación solo puede asumirse con recursos centralizados.

Si tengo que caracterizar la etapa actual, desde el punto de vista económico, diría que es de «recuperación y acumulación para el desarrollo». Los convenios y contratos con China y Venezuela nos han dado nuevas posibilidades de suministros y mercados, pero son compromisos que deben pagarse. A diferencia de períodos anteriores, en que solo teníamos azúcar, níquel, y tabaco, para pagar lo que importamos, ahora contamos con productos y servicios de alto valor agregado. La extraordinaria inversión que ha hecho la Revolución en el desarrollo de su «capital humano» (que algunos criticaron por ser «gastos improductivos») nos permite exportar servicios médicos y medicamentos, entre otros productos del «conocimiento». Si le agregamos el turismo, podemos ver que la estructura de las fuentes de ingresos externos de Cuba se ha modificado radicalmente durante la última década, de exportador de productos primarios a exportador de servicios.

En las nuevas condiciones, sin planes a largo plazo que nos aseguren los suministros y mercados externos, la lucha por la eficiencia, el ahorro de recursos y la disciplina cobran mas importancia que nunca antes. Pienso que la medida de centralizar los recursos en divisas responde a necesidades coyunturales, para garantizar, de forma más rápida, la «recuperación». Además, al iniciarse la crisis de los 90, tuvimos que liberalizar muchas cosas, y las empresas no siempre hicieron una utilización eficiente de los recursos de que disponían; los gastos en divisas aumentaban, mientras que los aportes disminuían.

La recuperación no solo es necesaria en el plano económico, sino también social y ético. La situación que se generó con la crisis afectó, sensiblemente, el comportamiento social y determinados valores. Ante las limitaciones de recursos y la contracción en la satisfacción de necesidades sociales, en mucha gente el «sálvese quien pueda» y el «resolver» desplazaron a la solidaridad y los valores éticos; empezaron a manifestarse nuevas formas de prostitución y de «apropiación» de recursos.

Pero cuando analicemos el Período especial, no debemos pensar solo en penurias, sino también en las enseñanzas y lo que representó en diferentes planos.

Por primera vez nos quedamos totalmente solos y más amenazados que nunca antes; dependíamos exclusivamente de nuestras fuerzas. Ni las izquierdas más ortodoxas apostaban un centavo por la supervivencia de la Revolución; muchos prepararon sus maletas para venir a Cuba a «recuperar» sus cosas. Nuestros cuadros desplegaron iniciativas y energías increíbles. No es casual que fue el período en que en la Universidad recibimos más solicitudes que nunca antes para la superación de cuadros en técnicas de dirección —formulación de estrategias, gestión de la calidad, *marketing*, negociaciones—, así como de consultorías, para la preparación de estrategias competitivas, programas de cambio, planes de *marketing* para mercados internacionales, entre otros. La población respondió de forma admirable al llamado de Fidel de «resistir hasta que la patria pueda recuperarse».

Cuando hablo en otros países de lo que pasó en Cuba en esos años y le pregunto a la gente qué gobierno de América Latina habría podido sostenerse, todos coinciden en que ninguno. Pienso que esa es una experiencia muy valiosa, para el presente y para el futuro.

**Ramón de la Cruz Ochoa:** No observo un proceso de transición en curso en Cuba. Quizás estemos en vísperas de una nueva etapa de la Revolución, pero no de una transición. Estamos todavía en el Período especial, quizás en su fase final, pero persisten algunas de sus consecuencias más negativas. Mencionemos solo algunas no solucionadas del todo; entre estas, la doble circulación de moneda o la diferencia entre los salarios y el costo de la vida, que sigue siendo demasiado pronunciada. En esta etapa hay problemas económicos con implicaciones sociales muy fuertes que no están resueltas. Además de los mencionados, tenemos el problema de la indisciplina en el trabajo, provocada o aumentada por el Período especial; la crisis del transporte; la falta de exigencia, etcétera.

Un problema central es el irrespeto a las leyes, a la legalidad, no solamente en la sociedad, sino en las instituciones, así como la corrupción. Ya estaban presentes antes del Período especial, pero como consecuencia de este, se potenciaron.

La debilidad de las instituciones es manifiesta. Los Tribunales y la Fiscalía. deben aumentar su papel en la vida institucional del país. Estos existen no solo en función del control del delito, sino con funciones importantes de reacción del Estado ante cualquier conflicto, a las que deben responder con la necesaria energía y autonomía. Deben ser órganos cuya tarea esencial sea el cumplimiento de la ley y la garantía del ciudadano ante cualquier ilegalidad o arbitrariedad de algún funcionario o ciudadano.

Es necesario fortalecer el papel de la Asamblea Nacional, y las Asambleas Provinciales y Municipales

del Poder Popular. Si no logramos que estas instituciones desempeñen el papel que les corresponde no hay democracia socialista.

Para poder hablar de una nueva etapa, habría que rebasar estos problemas, o al menos enfrentarlos de manera más sistemática, abierta y decidida.

**Enrique Gómez Cabezas:** Sí, hay una transición hacia una sociedad más socialista. Estas transformaciones ocurren en el contexto de una sociedad que se vio muy afectada en su ritmo de desarrollo, «tocó fondo» como consecuencia de los trascendentales cambios que ocurrieron en el mundo a finales de los años 80 e inicios de los 90. Nuestro proceso tuvo que hacer concesiones tácticas para sobrevivir, y ahora emerge con una recuperación económica gradual y lucha por alcanzar niveles de justicia social e igualdad superiores. Las transformaciones también corresponden al momento histórico que vive la humanidad: los procesos que se suceden en el continente, el ejercicio de la hegemonía del imperialismo y la crisis medioambiental.

Desde el año 2000, con la Batalla de ideas, se ha vivido en Cuba una etapa de cambios constantes y profundos. La Revolución se encuentra en un proceso de revisión y análisis permanente de cómo hacemos cada cosa, en una lucha contra la rutina, y se propone cambiar todo lo que debe ser cambiado, ganando conciencia de lo mucho que podemos hacer para tener una sociedad mejor, con la mira puesta en el objetivo esencial de perseverar en conquistar toda la justicia; para ello tendrá que ser el sistema socialista el que marque el derrotero de los cambios que se producen y se seguirán produciendo en Cuba. La dirección de la Revolución ha liderado este proceso de cambios en todos los órdenes de la vida social.

Desde nuestra experiencia en el Programa de los Trabajadores Sociales podríamos ejemplificar mejor. El Comandante en Jefe ha calificado a este contingente, ya con más de cuarenta mil miembros, como una especie de microscopio social con el encargo de escudriñar la sociedad, identificar cada uno de los problemas que puedan estar presentes y coordinar las acciones para transformar las causas y condiciones que los originan, a veces prejuicios existentes, herencias culturales de siglos de desigualdades y también por fallas en el trabajo de instituciones del país. No es para nada frecuente que un gobierno se lance a fondo a una búsqueda en detalle de los problemas existentes en la complejidad del entramado social, y asuma el reto de atenderlos, con el compromiso de que en una sociedad que se considere justa ningún ser humano debe quedar abandonado a su suerte.

Te puedo hablar de algunos de los problemas sociales estudiados donde se ponen en práctica estas reglas. Una de las primeras tareas fue la atención a los

jóvenes desvinculados, que empezó por conocer a cada uno, indagar su situación, su nivel de preparación, sus aspiraciones. Ya sabíamos la relación existente entre marginalidad y delito. Fidel había expresado un principio de justicia social que marcaba la pauta en esta tarea cuando expresó que una sociedad donde el hombre sobrara no servía para nada, esta era una cuestión que no resistía un análisis ético. Muchos de estos jóvenes desvinculados aspiraban a empleos para los que no estaban preparados y surgió la solución del estudio como opción de empleo. Más de trescientos ochenta mil de estos jóvenes han ingresado a programas de superación y cerca de cien mil continúan hoy estudios universitarios. De desvinculados, con una autoestima baja en muchos casos y no pocas a las puertas de la prisión, han pasado a ser estudiantes universitarios con un nuevo proyecto de vida, una elevada autoestima, y reconocimiento social. Se va gestando una verdadera transformación.

El avance hacia el acceso pleno a la educación superior, proceso al que llamamos «Universalización de la Universidad» es una señal de la orientación de los cambios en Cuba. El modelo de la nueva universidad tiene ya más de tres mil sedes en los municipios, resultado de romper esquemas, del espíritu de buscar soluciones. No hubo que hacer todas estas construcciones, las aulas de la infraestructura educacional existente en los municipios para los diferentes niveles y tipos de enseñanzas, funcionan también para los estudiantes universitarios cuando en estas concluyen las clases de los horarios habituales. También los policlínicos, los talleres de los centros, los laboratorios, se convierten en escenarios de las universidades: es el país convertido en una gran universidad. Los profesores se forman de la gran cantera de profesionales graduados por la Revolución. Hoy el número de profesores universitarios se ha multiplicado cinco veces con estos profesionales que se desempeñan como docentes adjuntos y dan las clases en sus propios municipios.

Otro cambio que se opera en la sociedad cubana actual es el tratamiento social del delito. La solución no puede ser las prisiones. Hay que ir a las causas del problema, que no se pueden cambiar de hoy para mañana, ni espontáneamente. Hoy tenemos más claro lo que se puede lograr. Es un proceso social: hay que discutir, educar, cambiar mentalidades de personas e instituciones, ir avanzando y midiendo el efecto. Tenemos la convicción de que la solución está en la atención efectiva a los problemas sociales que originan el delito y no en las prisiones, que son un recurso no deseado, tal vez inevitable por un período. Se reajustan las políticas penales para evitar, siempre que sea posible, que cuando un joven infrinja la ley y deba ser sancionado,

vaya a una prisión. Se ha desarrollado, con jóvenes que han delinquido, la experiencia de la aplicación de sanciones sin internamiento, cumpliendo la medida del tribunal en su propia comunidad, incorporados a la sociedad, superándose, trabajando. Por otro lado, se avanza en la dirección de crear las condiciones necesarias para la reinserción social de los que salen de las prisiones, que suelen ser mirados con cierto recelo, pues aunque nuestras leyes establecen la obligación de garantizar empleo a cada uno de los que egresan de las cárceles, hay que trabajar en la conciencia social para que sean aceptados, de manera que su centro de trabajo y la comunidad donde se incorporen asuman la responsabilidad de darles el apoyo social que necesitan. Hay que plantearse el problema integralmente, persuadir a personas e instituciones. Y son necesarios nuevos cambios, ya no a nivel macro, sino microsociales, con los que tienen que interpretar el espíritu de esa ley, y no solo ocuparse de su aplicación práctica, que no es suficiente para superar los estereotipos y los prejuicios asociados a ellos.

Dentro de las prisiones, el reto es transformarlas en escuelas: hay experiencias muy alentadoras de centros de internos que funcionan estructuralmente como escuelas donde se logran resultados educativos, se desarrollan nuevas motivaciones en las vidas de los sancionados, y se observa cómo mejoran las relaciones humanas; aparecen nuevos tipos de liderazgos que cambian la historia de la ley del más fuerte en las prisiones, por el reconocimiento al que ayuda a los demás o al monitor de la clase. Algo que ha superado las expectativas es la motivación de los presos por superarse, lo cual le permite al individuo salir mejor preparado para incorporarse nuevamente a la vida en sociedad. Hoy funcionan veintinueve sedes universitarias en las prisiones de Cuba. ¿Está hecho todo? No lo creo; estos ejemplos solo marcan el camino, pero hay mucho más por hacer.

También está la experiencia de la movilización de los trabajadores sociales para detectar y rectificar las prácticas viciadas en la distribución de los combustibles, desvío, despilfarro y descontrol en los servicentros, y así poder multiplicar dos veces y media la venta de combustibles al sector privado. Participaron diez mil cuatrocientos trabajadores sociales. Esta tarea demostró la capacidad de la Revolución para revertir situaciones tan complejas como las relacionadas con el robo y la corrupción. Los llamados nuevos ricos fueron denunciados con todas las evidencias y recibieron, sobre todo, una sanción moral. A esta tarea siguieron muchas otras que se enmarcan dentro de la Revolución energética. No es solo ir a una vivienda a promover una conciencia de ahorro —algo de por sí sumamente importante—, sino hacer un censo del potencial de

## **¿Existe un período de transición o de cambio en curso actualmente? Si es así, ¿cómo lo definiría en relación con los anteriores?**

disminución del consumo energético en cada casa, cambiar desde un bombillo incandescente hasta un refrigerador, un aire acondicionado o un televisor. Organizar la participación de la comunidad, una y otra vez, en los numerosos programas de la Revolución energética que se llevan a cabo. Todo esto demuestra la posibilidad de la sociedad humana de hacer un uso racional de los recursos disponibles, única vía para la preservación de la especie ante los enormes desafíos que enfrenta.

Claro, no solo los cambios ocurren en los frentes en que trabajamos directamente. En nuestro sistema de salud, con indicadores de referencia para los organismos internacionales, la Revolución lleva a cabo una verdadera transformación. Por ejemplo: como resultado del análisis de los problemas de salud que presenta en la actualidad nuestra población, hoy más envejecida, se han creado en la comunidad un grupo de nuevos servicios como los de fisioterapia, terapia intensiva, óptica, servicios de atención más efectiva a urgencias cardiovasculares, cirugías, laboratorios, rayos X, ultrasonido, entre otros. De igual manera, se requería atender las causas de la mortalidad infantil para lograr indicadores por debajo de 6 por cada mil nacidos vivos y se ha desarrollado un programa de genética comunitaria que dispone de equipamientos y especialistas formados para ello. ¿Cuántos otros cambios pudiéramos enumerar?

**Carlos Lage Codorníu:** En los años de la Revolución, el tránsito ha estado marcado por la búsqueda de un rumbo hacia la construcción socialista. La transición —el proceso de cambio y adaptación que vive hoy la Revolución cubana— además de recurrir a medios que respondan a la coyuntura actual, se caracteriza por plantearse una transformación en la forma de pensar y de construir el proyecto socialista cubano.

En primer lugar, dentro del paradigma del socialismo, el modelo cubano resulta prácticamente contrario a lo que existe en la mayor parte del mundo, a pesar de la aparición reciente de gobiernos de izquierda, sobre todo en América Latina. En segundo, a reserva de cierta recuperación de los efectos de la crisis, sus costos se expresan en el plano interno de la Revolución: no solo en las condiciones materiales, sino en los valores de las personas, y sobre todo, de los jóvenes. En tercero, el poder de la globalización, el impacto de las nuevas tecnologías, de la transculturación

y la fuerza comercial del capitalismo son factores que funcionan como una maquinaria muy eficiente de influencia sobre nuestro proceso. Esta situación impone a la Revolución la necesidad de repensar la manera de articular nuestro modelo y participar en él.

Si entendemos la transición actual como esta necesidad de repensar el socialismo cubano, se podrían identificar algunos temas que no deben esperar. Uno que atañe a la mayoría de los cubanos consiste en la necesidad de que la Revolución se exprese en la vida material de las familias, donde se debe sentir el impacto de la recuperación económica; esto es, en la comida, ciertas comodidades, los salarios. En los años de la crisis había un sentido de resistencia y se comprendían las carencias; pero ya estamos en una etapa en que sí se ven llegar los recursos, y es más difícil que todo el mundo se identifique con su lógica de distribución, que no es igual en todos los sectores. La recuperación económica se ha sentido, pero resulta insuficiente. Existen preocupaciones relacionadas con la necesidad de recuperar el valor del trabajo, de su significación para el individuo, la eficiencia en la producción, el aseguramiento de una distribución lo más equitativa posible.

Otro tema muy amplio es el referente al fortalecimiento de la credibilidad en las instituciones y organizaciones, y su reconversión en espacios reales de participación. Ello implica, a su vez, la necesidad de replantearse las maneras de hacer trabajo político.

Finalmente, está el tema referente al ámbito educativo-formativo. Erróneamente, se podría pensar que es innecesario, pues se trata de un área muy trabajada desde de la Revolución. Aunque se presupone que estamos educando y formando, nuestros métodos no siempre han funcionado. No basta con instalar un canal de televisión educativa o ampliar la enseñanza universitaria mediante la universalización. Estas transformaciones puestas en práctica durante los últimos años, han tenido un impacto incuestionable, pero no son suficientes aún si se trata de preparar a las generaciones jóvenes para enfrentar su mundo.

**Oswaldo Martínez:** La transición equivale al proceso de construcción del socialismo. Ahí radica una de las diferencias importantes entre capitalismo y socialismo. El primero tiene un amplio rango de autoconstrucción espontánea, dado por la acción del mercado. Especialmente después de la experiencia del derrumbe

del socialismo en la Unión Soviética, está claro que el socialismo se construye conscientemente, no se puede confiar en mecanismos espontáneos. La construcción del socialismo en Cuba empieza en algún momento situado hacia fines de 1960, coincidente con el proceso de grandes nacionalizaciones, a partir del cual desaparecieron las estructuras capitalistas de propiedad sobre los medios de producción fundamentales. Este proceso de transición ha tenido diferentes etapas. Una transcurrió durante toda la década del 60, cuando la Revolución cubana no tenía aún una relación tan estrecha con los países socialistas. Es una fase de una gran dinámica de búsquedas y de debates sobre los problemas de la transición socialista. Hay una segunda etapa, que pudiéramos llamar de la institucionalización. En esta no se perdieron los rasgos originales sustantivos de la Revolución cubana, y hubo un grado de avance en nuestro desarrollo económico. Allí predominó una concepción de la transición que tendía a caracterizarla según estaba en los libros, como algo dado, establecido, que se guiaba por la Unión Soviética como modelo. La vida demostró que no era así. El derrumbe de ese modelo del llamado socialismo real abrió una nueva etapa, la de la sobrevivencia, en la que se intenta mantener el proyecto socialista en las más adversas condiciones imaginables, aquellas que ninguna teoría había pensado; vale decir, en las condiciones de un país pequeño y subdesarrollado, sin apoyo externo alguno, en medio del bloqueo y de la profunda crisis económica e ideológica que significó la desaparición de aquel mundo socialista europeo.

La construcción del socialismo, esa transición, sigue abierta para nosotros en un proceso de aprendizaje y debate constantes. Hoy, más que nunca antes, la transición socialista constituye una aventura en la cual solo el debate, la imaginación —no en el sentido aventurero y superficial del término, sino en el buen sentido teórico y político—, y el tener en cuenta con mucha fuerza las experiencias del pasado, nos pueden servir como brújula en este bosque intrincado. Por supuesto, abrirse paso por ese bosque es mil veces mejor que retroceder al capitalismo. En estos momentos ya se habla y se discute en el mundo —y en América Latina en particular— acerca del socialismo del siglo XXI; y se puede advertir un retroceso del neoliberalismo en esta región, donde los movimientos sociales han irrumpido con una fuerza significativa y se respira un ambiente de búsqueda tenaz de fórmulas alternativas al dominio capitalista. Para decirlo en términos literarios, el socialismo tiene una segunda oportunidad para repensarse. Para los cubanos, repensar el socialismo implica una gran dosis de responsabilidad. Se trata de valorar el significado de las cosas fundamentales que hemos alcanzado para avanzar, a partir de ellas, en ese

socialismo del siglo XXI. Cuando uso esta expresión, no estoy aludiendo a una copia mimética de Venezuela. Una de las cualidades de ese socialismo debe ser que nadie debe imitar a nadie, sino que cada uno debe tener sus propios olores y colores nacionales. En cierta época, hablar de los socialismos nacionales era casi herético, porque se suponía que el socialismo era un cuerpo rígido con características similares en todos los países.

Pensándolo desde sus conceptos fundamentales, el socialismo es la ausencia de la explotación del hombre por el hombre, la práctica de un altísimo grado de equidad social, las más amplias posibilidades de acceso a la cultura, cimentadas en el acceso a la educación, las mayores posibilidades de desarrollo de la ciencia y la técnica. Debe ser construido por los hombres y mujeres más cultos posibles, considerando la cultura en términos de aquel escudo y aquella espada que Fidel nos recordaba en una ocasión; y con el criterio más amplio, sin exclusiones, curados de las enfermedades del pasado. Sobre esa base, existe una segunda oportunidad, no solo para Cuba, sino también para el socialismo, en un sentido general. Estamos ubicados en la región del planeta donde es más evidente la ruptura del sistema de dominio imperial. Hay perspectivas promisorias, como el ALBA, que aunque no es el socialismo del siglo XXI, permiten pensar en una integración latinoamericana no dictada por la ventaja comparativa de mercado, que ha dominado todos los procesos de integración dentro y fuera de América Latina, sino uno que empiece por enfatizar la atención a la salud, la educación, la alfabetización, que se base en principios de solidaridad y de cooperación, de modo que constituyan no la retórica del discurso integracionista, sino la sustancia del proceso. Ahí disponemos de un embrión de socialismo del siglo XXI, con una proyección internacional sumamente promisorio.

Por eso debemos hablar de la transición en términos muy diferentes a como lo podríamos hacer en los años 80, cuando el socialismo real y sus manuales pesaban mucho e imponían un modo de enfoque del problema. Aunque el derrumbe de este socialismo ha sido dañino en muchos aspectos, también tiene el lado positivo de habernos liberado la mente de ciertas ataduras, y ahora podemos pensarlo en términos frescos, no de una iglesia internacional, sino en la forma como lo hacía Marx cuando hablaba de la Internacional: un conjunto de pueblos que basaran sus relaciones en la solidaridad y en la cooperación.

**Isabel Monal:** No creo que en Cuba haya habido varias transiciones. La transición ha sido una sola, aunque ya lleva más de cuatro décadas. El concepto de transición en Marx y Engels, que en alemán es *Übergang*, resulta fundamental. Al respecto existe mucho debate y ambigüedad desde el inicio, por parte incluso de los

propios autores, de Lenin y de otros grandes pensadores y revolucionarios posteriores. No hay una teoría de la transición, como tal, en Marx y Engels, pero sí una concepción sobre ella; y aun cuando resaltan sus trabajos y análisis de la transición del feudalismo al capitalismo y —lo que para algunos teóricos es una piedra de toque del marxismo— la transición socialista, o lo que otros llaman transición al socialismo. Personalmente, considero que la categoría «transición socialista» es la que con mayor exactitud refleja la concepción de los fundadores; con ello no olvido que Marx y Engels hablaban del período de transición sin denominarlo específicamente socialista, un uso que se instituyó posteriormente. En mi respuesta, me referiré al concepto de transición como lo elaboraron los clásicos.

En Cuba, o en cualquier otro caso, se trata de un proceso contradictorio, con sus alzas y sus bajas, pero que es uno solo. Empezó a principios de los años 60, y tiene en su interior fases, etapas, y una diversidad de elementos. Nuestras propias concepciones sobre el socialismo y el comunismo se han modificado a partir de la experiencia interna y también de las enseñanzas de otros procesos. Muchas de las modificaciones que hemos hecho eran necesarias para la salud del propio proceso, y otras han sido impuestas por una realidad muy adversa.

Esta de los años 90 es una fase a la vez gloriosa y negativa. Lo primero, porque es increíble que hayamos vivido ese período y no solo estemos aquí, sino que hoy la Revolución cubana es una referencia —incluso con mayor fuerza que antes fuera de Cuba— para muchísimos movimientos progresistas y populares de otros países. Pero también es muy negativa, porque ha dañado mucho los valores éticos que había forjado la propia Revolución. A mi juicio, en ninguna otra formación económico-social la ética tiene un papel tan importante como en la sociedad socialista, porque esa formación económico-social depende, en una medida mayor que ninguna anterior, de sus ciudadanos, de los revolucionarios y de todos los que conforman la sociedad, cualquier capa o grupo.

Los valores incluyen muchísimas dimensiones, además de la ética, el sentido de la vida, una cierta jerarquía de las funciones de cada uno, etc. Aunque estamos haciendo un esfuerzo por superar lo ocurrido en la década de los 90, no se ha podido recuperar plenamente uno de los elementos fundamentales del socialismo: la distribución según el trabajo. Por otra parte, ya no se habla casi nunca de comunismo; por ejemplo, para América Latina, la idea que se proclama es el socialismo, cuando en realidad se trata de una meta intermedia. Esa sociedad comunista no está tan cercana como Marx y Engels pensaron inicialmente; ni tampoco

como la pensó Lenin, que fue más realista. Marx y Engels evitaron idear modelos ni tesis abstractas. Los grandes revolucionarios que los sucedieron —Lenin, Fidel Castro, el Che— también elaboraron sus proposiciones, sus experimentos, la mayoría de los cuales ha tenido éxito, sobre todo desde el punto de vista político. En eso, la Revolución cubana ha hecho aportes fundamentales. Me preocupa la ausencia de referencia al comunismo hoy y el tratamiento del socialismo separado de la idea comunista; esto puede traer consecuencias perniciosas.

A mi juicio, se exagera la influencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas en el proceso cubano. No niego que cometimos errores copiando; pero no es lo fundamental que haya caracterizado nuestro proceso. Aun cuando nos dejamos llevar a ratos por ellos, siempre hubo un elemento de autenticidad predominante en la Revolución cubana. Otro elemento que se debe tener en cuenta es que nuestras bases materiales dependían muchísimo de las de los otros países socialistas. Y ahora, por tercera vez, la Revolución cubana tiene que modificar los elementos de sus infraestructuras materiales. El proceso del socialismo cubano ha tenido que enfrentar tres veces un cambio total de estas. Esto fue impuesto por una serie de factores impredecibles, que han hecho muy difícil y complejo el tránsito cubano.

Una de las concepciones que más ha desarrollado la Revolución en este período es la idea de democracia. Aunque pudiera parecer contradictorio, habría que señalar que si bien hay una relación entre economía y política, esta no es del tipo que le impida a la política generar, de una manera creativa, nuevos aportes. Desde que nace, el proceso revolucionario cubano es muy democrático. En aquel primer período de la década de los años 60 e inicios de los 70, había elementos sobre los que no teorizamos, pero estaban presentes; por ejemplo, la sociedad civil creada por el socialismo. Las sociedades civiles dependen del tipo de sociedad, no son todas iguales. La Revolución cubana, desde el primer día, le dio un peso enorme a los movimientos sociales, uno de los aspectos de la sociedad civil. Siempre hubo un peso muy grande de la política. En la década de los 90, uno de los elementos que permitió mantener firme a esta sociedad, su unidad, su convicción, su conciencia, fue la idea de que la caída de la Revolución y el socialismo era la pérdida de la independencia del país. Esta era ya una sociedad participativa. Y quiero resaltarlo porque no puede haber socialismo sin una sociedad civil fuerte. Antes se hizo de una manera intuitiva, pero hoy existe una mayor conciencia de ese factor. Nos hemos dado cuenta del daño que puede hacer la falta de desarrollo de la democracia. El socialismo, como proceso, no se puede conformar con los logros obtenidos, sino que

tiene que ir más allá. Estoy en contra de elaborar decálogos o referencias abstractas sobre la democracia. Es necesario perfeccionarla y desarrollarla, porque si no se hace, se pone en peligro la sociedad socialista misma.

Tenemos una mayor conciencia de la peligrosidad de no tomar suficientemente en cuenta los factores espirituales, que a veces funcionan como una especie de caldera donde se va creando el vapor y no tiene cómo salir. Y los problemas políticos pueden hacer explotar calderas, no solo los económicos. El énfasis que hoy está teniendo la cultura es un gran paso de avance. Uno de los errores de los soviéticos fue no darse cuenta de que el lector que había creado el socialismo, el lector soviético, era ya el ciudadano del socialismo que estaba muy lejos del mujik o del de la Revolución de Octubre. El lector, el que va al cine, el que puede ver una buena televisión, un buen espectáculo, ya es otro ser humano. Ese socialismo va siendo construido por otro tipo de ciudadano, cuyos criterios tienen un mayor fundamento; su capacidad de contribuir es mucho mayor, así como su capacidad creativa como grupo y como individuos es mucho mayor; y la sociedad socialista que los formó tiene que abrirles las posibilidades para que esa creatividad no se pierda.

**Concepción Nieves Ayús:** El tema de la transición es bien polémico, y de él se puede hablar desde diferentes perspectivas, comenzando por el propio término, dada la pluralidad de sentidos que se le atribuye. El pensamiento socio-filosófico y político asocia su esencia a lo transitivo, al cambio, lo enfoca como un proceso en el que lo viejo, lo obsoleto va desapareciendo, en tanto emerge la cualidad nueva. El paso de un tipo de sociedad a otra siempre está mediado por un período de tránsito; la diferencia radica en el contenido, medios y fines de ese proceso. En la tradición del pensamiento marxista encontramos un tratamiento conceptual de la problemática. Recordemos a Marx, en su *Crítica al Programa de Gotha*, cuando apuntaba que «entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera a la segunda», a la vez que aportaba ideas en torno al carácter del trabajo, los principios de distribución en correspondencia con el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad, el papel del Estado, los principios de igualdad y justicia social, etc. Pero en este pensar la transición al socialismo ocurrió también que se potenció su unidireccionalidad, olvidando que transcurre a través de múltiples contradicciones externas e internas, susceptibles de provocar virajes no deseados, como lo constata la experiencia histórica de finales del siglo xx. En la actualidad, el concepto de transición está siendo

usurpado por la ciencia política occidental. Por consiguiente, lo primero es precisar de qué transición estamos hablando.

La pregunta que ustedes formulan se refiere concretamente a la transición socialista en Cuba y sus etapas de desarrollo. Este es un asunto en permanente debate. Cuando se trata de las periodizaciones de un proceso social, siempre existirán criterios diferentes e incluso encontrados. Por ejemplo, hay quienes aseguran que estamos en la etapa que se inició en 1985, con el Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas; y que el Período especial solo es una fase. A mi juicio, la clave está en darse cuenta de cuáles son las nuevas tareas y qué condiciones concretas las provocan. Considero que en el lindero del siglo xxi la sociedad cubana se mueve hacia una etapa diferente dentro del proceso de la construcción socialista, de un amplio y rico contenido social, la que se identifica como Batalla de ideas.

La década de los 90 nos enfrentó a fuertes retos. Para remontar la crisis, se adoptaron medidas de profunda significación para el proyecto social cubano, las que tienen su impacto en la sociedad actual. Si bien no hemos trascendido el llamado Período especial, en tanto se mantienen condiciones de precariedad y limitaciones en el orden económico que hacen difícil y compleja la vida cotidiana del cubano, sí podemos decir que nos las ingeniamos para impulsar el desarrollo macroeconómico y social del país. En este terreno, entramos en una etapa con signos de conflictividad diferentes a la existente en los años más duros —1993-94— del Período especial. La Batalla de ideas da cuenta de una nueva realidad, que se caracteriza por un modo diferente de enfrentar los problemas acumulados y emergentes.

Comprender la llamada Batalla de ideas como una revolución dentro de la Revolución significa transitar hacia el socialismo, en el siglo xxi, con métodos propios, enfatizando en los reguladores éticos, políticos, jurídicos, sociales; pero también en los económicos, porque ninguna sociedad —lo decía Marx— puede vivir por encima de sus posibilidades.

Sobre este particular, llama la atención el discurso político de Fidel Castro. Cuando el 1° de mayo de 2000 expresa al mundo que Revolución es «sentido del momento histórico, cambiar todo lo que deba ser cambiado», apunta a la necesidad de nuevos conceptos para avanzar en la construcción socialista. Por ejemplo, uno de los asuntos para los que reclama la aplicación de ideas y fórmulas diferentes y novedosas es el referido a los jóvenes, a su integración social, ya que resultaba altamente preocupante y comprometedor para el futuro de la Revolución la masa de adolescentes que al terminar el nivel medio descontinuaban sus estudios, y

los crecientes índices de delincuencia juvenil. Los programas de la Batalla de ideas adelantan un conjunto de propuestas para enfrentar esos problemas concretos, correspondientes precisamente a una etapa diferente del proceso de construcción socialista en Cuba.

**Fernando Rojas Gutiérrez:** De entrada, tengo una precisión de enfoque respecto al tema. La transición socialista es internacional, por definición, porque la revolución socialista, aunque tiene expresiones nacionales, también lo es. Por tanto, la cuestión de cuándo empezó la transición socialista a nivel internacional debe discutirse en términos de si fue al surgir el socialismo como corriente de pensamiento, o cuando se tomó el poder por primera vez en 1917, o cuando varios países proclamaron esa intención. Para mí, esa perspectiva internacional de la transición socialista se mantiene.

Históricamente, hubo dos momentos claves. Al principio, se pensó en una revolución proletaria mundial, que en aquel entonces quería decir europea. Después, Lenin hace una corrección —que para muchos todavía hoy pasa inadvertida— en el sentido de que una revolución mundial con perspectivas socialistas tendría forzosamente que incluir a los pueblos conocidos comúnmente hoy como del Tercer mundo. Porque el socialismo no va a triunfar en un país aislado, aunque podrá iniciarse en uno, en dos o en tres, pero tendrá forzosamente que triunfar internacionalmente, desde revoluciones o desde procesos de transición socialista en países que, al mismo tiempo, tienen entre sus tareas la completa emancipación nacional.

Por tanto, la Revolución cubana, como parte de un proceso internacional, no es un proceso para varios años, ni siquiera para varias décadas —como parece haberse asentado en la mentalidad de los dirigentes y teóricos del movimiento comunista internacional en los años 30, los 40, los 50—, sino que resulta mucho más largo. Este proceso irá estableciéndose por distintas vías —no solo por las más convencionales de la lucha armada— en muchas regiones del mundo. Es lo que está sucediendo en América Latina, donde parece que se están conformando circuitos tendientes a transformaciones de tipo socialista. En comparación con otros procesos en nuestra área geográfica, Cuba inició ese tránsito en una fecha bastante temprana. Si lo vemos desde la perspectiva de las revoluciones de principios del siglo xx, la cubana podría ser la última; pero desde la perspectiva de los procesos en América Latina, es la pionera. Esa dimensión internacional de la transición socialista se manifiesta hoy en la cooperación y la solidaridad con otros procesos, que de una u otra forma han declarado, o se aproximan, a una tendencia de transición socialista.

Por supuesto, ahí se establece una dialéctica entre ese proceso —que es internacional, por definición— y las políticas o las obligaciones revolucionarias que contrae el pueblo que ha iniciado esa transición consigo mismo, con la vida, el bienestar, el desarrollo de sus ciudadanos y ciudadanas.

Cuba ha transitado por varios períodos, incluyendo aquel en el cual, soberana y conscientemente, decidimos participar de la construcción del socialismo en alianza con los países del llamado «socialismo real», perspectiva cancelada por la historia y la vida. Esa cancelación refuerza más la idea de que las perspectivas de una revolución internacional se concentran en la lucha que libran los países más empobrecidos contra el hegemonismo imperialista. Por tanto, las perspectivas de la construcción del socialismo en Cuba se ubican hoy, por una parte, en la participación en esos procesos que se producen en otros países, en América Latina; y por otra, en los que tienen lugar dentro de Cuba, en cuanto a preservar los logros de la Revolución y otorgar a la vida de los cubanos y cubanas la dignidad que tiene que proveer la transición al socialismo.

Esa situación cualitativamente nueva no es la de principios de los años 90, cuando estaba claro que había fracasado el llamado «socialismo real», pero no que iba a haber una nueva ola revolucionaria, sobre todo en América Latina. Este período nuevo se abre a finales de esa década.

Por una parte, es imprescindible hoy la lucha común que libramos junto con los pueblos, en especial de América Latina, para ir fomentando cambios a nivel internacional. No se trata, desde luego, de exportarles la revolución, sino de compartir esfuerzos por la transformación. Por otra, internamente se requiere profundizar en nuestro socialismo, con una mejor expresión de las ventajas que este declara tener, y que la vida ha demostrado que puede brindar. Superar nuestros problemas solo se puede alcanzar a plenitud en una escala internacional, para lograr lo que el socialismo se propuso históricamente: una sociedad de justicia, libertad, bienestar universal, a los más altos niveles posibles, para el conjunto de la población.

**R.H. / D.P.:** *¿Qué importancia tiene en este proceso de cambio o reordenamiento socialista la visión (o visiones) sobre la propiedad social y el mercado?*

**Jorge Luis Acanda González:** *Mercado*, en sí mismo, resulta un concepto tan abstracto que prácticamente no sirve para ningún análisis científico importante; lo único que puede querer decir es *espacio de intercambio de equivalentes*, que es algo muy viejo. En el feudalismo hubo mercado, en el capitalismo también, y en una sociedad que quiere construir una sociedad comunista, con un sistema que llamamos socialismo, va a existir durante un tiempo.

Mientras una sociedad no pueda superar la división social del trabajo, el mercado tendrá razón de ser. Marx soñaba con un comunismo donde no existiera división social del trabajo, que no es lo mismo que división técnica. Como eso todavía se va a demorar bastante, porque atañe a las propias características del trabajo y al desarrollo de las fuerzas productivas, el mercado debe tener un lugar, sea este más central o más periférico al sistema. La demonización del mercado puede ser, en sí misma, bastante contraproducente para estudiar los procesos de construcción del socialismo.

¿Por qué se habla de socialización de la propiedad? Porque el socialismo realmente existente ha sido un modelo estadocéntrico, que identificó eliminación de la propiedad privada capitalista con estatización de la propiedad, y propiedad social con estatal. En sus análisis, Marx y Engels dejaron claro que estatización de la propiedad no significaba socialización. Esta quería decir que la propiedad de esos medios de producción pertenecía a toda la sociedad. Al considerar que estatizar una propiedad equivale a hacerla de toda la sociedad, se identifica *el Estado con toda la sociedad*. Después de lo que ocurrió en Europa del Este, está claro que el Estado no puede confundirse con toda la sociedad, y que la propiedad estatal no tiene por qué ser sinónimo de propiedad de toda la sociedad.

¿Entonces, qué puede ser la *propiedad social* en el socialismo? Se trata de buscar formas nuevas en las cuales esa empresa, esa fábrica, esa institución, se conviertan en propiedad real de los trabajadores que laboran en ellas. La cooperativización de la propiedad es una estrategia socialista. Nadie tiene una respuesta de cómo va a ocurrir, pero esa debe ser la línea. Esas cooperativas deben tener una relación específica con un Estado, que no es cualquier Estado, sino uno cuyo propósito tienda a ser cada vez menos fuerte y ocupar un lugar menos importante, para contribuir a su propia extinción. La relación entre el Estado y las empresas cooperativas, así como el papel del mercado en este modelo, sería objeto de una reflexión más compleja que se debe hacer cuando esa circunstancia exista.

**Aurelio Alonso:** No hay coincidencia entre socialización y estatización de la sociedad. La socialización tiene un sentido mayor. Una economía socialista no debe ser estatal a ultranza. El Estado socialista tiene que mantener una función reguladora, ser un inversor, y también propietario de los recursos naturales, de los grandes servicios públicos —la electricidad, el gas, el agua. Pero también debe legitimarse la economía mixta, incluyendo no solo la inversión extranjera, sino la nacional. Es necesario que se fomente, por ejemplo, un sector de economía familiar en aquellas actividades productivas y de servicios donde este sea más eficaz para resolver los problemas de la sociedad.

El Estado debe tener la sensibilidad y la flexibilidad para descentralizar y privatizar en esa economía. Las barberías, las peluquerías, no tienen por qué ser del Estado; como tampoco la administración de las bodegas y de otras pequeñas cosas. La iniciativa privada debe abarcar espacios que no se limiten a doscientas actividades de cuentapropismo. Es necesario experimentar, y en la medida en que se demuestre más eficiencia, facilitarlos; o establecer cooperativas; o por el contrario, cuando no funcione en un sector, volver a la estatización. Pero cuando se demuestre sólidamente que no es funcional, no cuando se atasque por las trabas impuestas. Un ejemplo palpable de esta necesidad se encuentra en la agricultura, mayoritariamente en manos de un sector cooperativo, pero controlado por el Estado en un alto grado. La pequeña propiedad agrícola, que es solo 15 %, es la que produce cerca de 60 % de lo que come la población. Nuestro socialismo no ha tenido éxito en su política agraria. Socialista no quiere decir estatizado, sino que responda a los intereses del post-capitalismo que queremos crear, una de cuyas necesidades fundamentales es alimentar a la población en gran escala. Últimamente he percibido con satisfacción que algunos de nuestros economistas hablan de buscar «formas propiedad popular».

Respecto al mercado, realmente nunca hemos estado al margen de él. Lo hemos informalizado, eso sí. Yo pregunto: ¿cuando a uno se le rompe una cañería en la casa, no tiene que recurrir al mercado? Superarlo no puede reducirse a demonizarlo; la condena no funciona si no se consiguen otros mecanismos que igualmente tienen que nacer del mercado. Y que funcionen en el sentido económico y ético —es decir, conformes con los valores de la sociedad que se quiere crear.

Creamos una tendencia a pensar que, en el socialismo, había una correspondencia casi automática entre legalidad y legitimidad. Pero las fórmulas de solución jurídicas no son, necesariamente, todo en el espectro social. Esa diferenciación entre lo legal y lo legítimo también forma parte de la transición actual. No todo lo que existe se debe solucionar por la vía del antagonismo. No se puede superar el mercado si no es a partir de crear, desde su propio mundo, mecanismos superiores que conserven en la sociedad lo positivo que él le ha dado en su historia, y que evite la deformación que en los últimos cien o doscientos años ha ido introduciendo, al establecerse como un absolutismo. Pero no pensemos que se va a abolir el mercado con cuatro leyes. Un riesgo que han corrido los socialismos es el de volver a las sociedades estamentarias y crear un socialismo que parte de un esquema voluntarista, sin mecanismos que funcionen por sí mismos.

**Narciso Cobo Roura:** Con el mercado y la propiedad social sucede que, en ocasiones, se nos presentan como contrapuestos o mutuamente excluyentes. El tema del mercado ha sido muchas veces abordado desde visiones extremas y, por etapas, casi «anatemizado». Yo sí creo que existe la necesidad de configurar determinados espacios concurrenciales que obliguen y motiven a una gestión productiva y comercial de manera diferente a la que está teniendo lugar y que, consecuentemente, permitan que esta transición se mueva —y adelante— en la dirección requerida. No veo que el predominio de la propiedad social y el carácter planificado de nuestra economía se oponga a ello. Hay reflexiones muy serias y sostenibles en torno a esto.

Por otra parte, creo que la forma en que se han organizado los diferentes tipos de mercado entre nosotros dista mucho de satisfacer o posibilitar su verdadera función; al contrario, más bien constituye un elemento distorsionador que, por regla general, tiende a desarrollarse de manera parasitaria, a costa de la propiedad social. Sin concurrencia ni control. En primer lugar, hay un mercado de productos normados en moneda nacional cuyo cometido es asegurar una distribución equitativa y, en mi opinión, es una de las primeras fuentes del mercado negro. Se adquiere el mismo producto en el mismo lugar por dos precios. Eso da paso también a la corrupción. Existe un segundo mercado en moneda nacional de productos no normados, es decir, de venta libre, pero cuyos precios están determinados por los referentes del productor o del servicio privado, y que la población resiente. Hay un tercer mercado, en divisas, que se despliega con todo su atractivo, pero que no tiene cómo corresponderse con un sistema salarial en moneda nacional, lo cual no deja de fomentar la necesidad de adquirir la moneda convertible que permita acceder a él.

De cara a estos mercados tomados como referentes —sin mencionar el negro, que es una realidad—, tenemos que los egresos, por regla general, rebasan con mucho los ingresos en cualquier núcleo familiar. Esto trae de la mano un problema central: el trabajo deja de ser el centro de la economía. Los criterios de retribución cambian. Aparecen los términos «resolver», «luchar», con una significación que se comparte. Los ingresos quedan asociados a remesas, a actividades por la izquierda, a una economía informal. El trabajo retribuido, propiamente dicho, cede su lugar. Son otras las circunstancias que entran a determinar la capacidad económica de un individuo o familia.

En cuanto a la propiedad social, se dice a menudo que el problema con la propiedad estatal es que «lo que es de todos no es de nadie» y, por tanto, nadie responde por ella, lo cual encierra una buena dosis de verdad. Sin embargo, no creo que se sostenga lo que el

pensamiento neoliberal postula acerca de la ineptitud del Estado para «gerenciar» la propiedad social. Esta puede ser administrada por el Estado con tanta eficiencia como la privada. Sin embargo, hay obstáculos que frenan y entorpecen la gestión, problemas más bien de organización de la actividad económica, no necesariamente vinculados, de forma «fatal», a la condición estatal de la propiedad. Por ejemplo, se dice que el panadero no siente ni actúa como «dueño» de la panadería, y por eso no produce un pan de calidad. La verdad es que ese panadero, de hecho, «dispone» de los recursos de la panadería y actúa como si fuera su propietario, solo que en aspectos que le suponen una ventaja económica personal. Él actúa como «dueño». Solo que respecto a las ventajas. Riesgos, no soporta ninguno. Ocurre lo mismo con el chofer del taxibus, que no entrega ningún comprobante de haber recibido lo que se paga por el servicio; ese chofer actúa, en última instancia, como si fuera verdaderamente el propietario de ese ómnibus. Esa conducta no comporta ningún riesgo, pues ese medio estatal, que es propiedad social, no está siendo «gerenciado» como corresponde. ¿Por qué? ¿Es tan difícil darse cuenta?

Otros problemas estorban para que pueda haber una identificación del trabajador con sus medios de trabajo, y que su participación sea efectiva en la gestión de los recursos. La responsabilidad está diluida y el riesgo se hace recaer, de una forma u otra, en el Estado. Le corresponde a este soportar las consecuencias de su falta de administración o por elegir mal a quien debe administrar. Cuando se coloca a un empleado ante el consumidor, ejerciendo la gestión comercial del Estado, este tiene todas las posibilidades de defraudar al cliente y al Estado. Es lo cotidiano. Como cliente, como usuario, como consumidor, se tiene siempre la percepción de que no se nos da lo que nos corresponde ni aquello por lo que pagamos. A veces se nos quiere hacer ver que se trata casi de un favor.

No hay necesidad de que sea así. De hecho, no es así en todos los lugares. ¿Por qué en unos sí y en otros no? Estamos en plena capacidad de organizar la actividad económica con un criterio de eficiencia y racionalidad, con participación de los trabajadores. Es este el elemento central de cualquier cambio que queramos hacer. Pero para ello tenemos que corregir el diseño.

Naturalmente, hay otras formas de propiedad social, como la cooperativa, que en nuestro caso y hasta ahora se ha limitado a la esfera de la producción agropecuaria. Si examinamos las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) y las de Créditos y Servicios (CCS) en este mismo sector, ambas sufren un alto grado de interferencia de las estructuras estatales de dirección de la agricultura y del azúcar. Uno se pregunta: ¿en qué

## ¿Qué importancia tiene en este proceso de cambio o reordenamiento socialista la visión (o visiones) sobre la propiedad social y el mercado?

consiste la propiedad? Esta supone, por definición, un conjunto de derechos para disponer, decidir, sobre esos bienes y recursos, de conformidad con los mejores criterios. En la actividad de la cooperativa o del pequeño agricultor que la integra, hay muchos factores que interfieren esta gestión productiva. Se trata de disfunciones en su manejo, perfectamente corregibles, cuyo efecto negativo se ha estado viendo sostenidamente en la agricultura, y en consecuencia se expresa en el mercado de productos agropecuarios, como destino último de sus producciones.

Si examinamos las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), recordamos que en los años 90 suscitó una gran expectativa, equivalente a la de una tercera reforma agraria. Pero al cabo de más de diez años, los resultados no son los que esperábamos. ¿Qué ha impedido que una mentalidad de cooperativista se forme después de diez años en esas personas que realizan su actividad en ese espacio productivo? ¿Qué elementos de subordinación, qué forma de condicionar las decisiones, han impedido que allí se forme esa percepción, ese sentimiento de propietario?

Los cooperativistas tuvieron que asumir los riesgos; pagar por estos medios, suyos en lo adelante, trabajando una tierra en usufructo. A pesar de esas condicionantes y del tiempo transcurrido, esa mentalidad no se ha formado, y no se han alcanzado los resultados productivos previstos. Puede que sea necesaria una recapitulación y un balance sobre algunos de estos problemas de fondo, que no son solo de cobros y pagos. Se requiere, en alguna medida, de un reordenamiento de las relaciones productivas que permita recolocar y reconocer al campesino en su papel de productor.

**Alexis Codina Jiménez:** La preservación de la propiedad social es fundamental para la continuidad del modelo socialista. Es lo que garantiza que los recursos se destinen a las prioridades más convenientes para el desarrollo económico-social del país y, más importante, la apropiación del excedente y su utilización en las necesidades más importantes de la población. Pero en las nuevas condiciones que se generaron con la desaparición de la URSS y el campo socialista, sin abastecimientos ni mercados externos asegurados en planes a largo plazo, su gestión tiene que ser más dinámica.

Tan importante como quién es el dueño, es la relación que existe entre los resultados de la empresa y la remuneración de los «productores directos». La gente no puede sentirse «propietaria social», ni generar sentido de pertenencia si reciben lo mismo, con independencia de que los resultados de la empresa sean buenos o malos. La distribución con arreglo al trabajo, que planteó Marx en la *Crítica al Programa de Gotha*, no hemos logrado concretarla. La situación se ha complicado más con los esquemas de estimulación y las tiendas en divisas, que han acentuado más las diferencias entre lo que aporta y recibe cada cual.

La preservación de la propiedad social no excluye la conveniencia de hacer ajustes en los enfoques que hemos estado aplicando. Exceptuando la agricultura, en el resto de las actividades la única forma que adopta es la propiedad estatal, que abarca desde una termoelectrica hasta la reparación de calzado. Esto obliga al Estado a tener que atender, garantizar y administrar todo, incluyendo actividades de servicios menores de carácter personal, con la consecuente burocracia y la dispersión de recursos que esto supone.

En la agricultura, donde se maneja un recurso típicamente estatal, como la tierra, tenemos cooperativas de producción, de créditos y servicios, etc., incluyendo propiedad privada. No hay que tener los recursos de Greesom, el investigador de CSI, para imaginarse que, detrás de las pastillas de maní, que son iguales en todas partes, hay una pequeña industria, cooperativas, y grupos de individuos que se ocupan de toda la logística, producción y distribución. Es decir, en la práctica esas formas de propiedad existen, pero no son legales, ni se reconocen. Sin mencionar múltiples producciones clandestinas que utilizan materias primas no disponibles en el mercado, como se ha venido informando en la prensa.

Está claro que, en el socialismo, el mercado no puede ser el regulador automático de la producción y distribución de recursos, como en el capitalismo. El regulador fundamental tiene que ser el Plan. Pero en la práctica, vemos el mercado operando. Cuando la oferta de productos agrícolas del Estado se reduce, aumentan los precios en el mercado campesino. En las tiendas en moneda convertible lo utilizamos para recaudar divisas. Sin mencionar el mercado negro, donde se compran y venden artículos que no se ofertan en el mercado estatal, o se ofertan a precios en moneda convertible

inaccesibles para mucha gente. Objetivamente, la «ausencia de mercado», «mercados desabastecidos», o donde se ofertan productos a precios muy altos, son factores que estimulan el mercado negro y las prácticas nocivas a las que está asociado. No se trata de estimular el consumismo, sino que el mercado posibilita identificar necesidades y preferencias de la gente, que deben ser tenidas en cuenta en la formulación de los planes.

También podemos ver el mercado como un complemento necesario de la distribución con arreglo al trabajo. Para garantizar la entrega de los productos normados, el Estado gasta cuantiosos recursos para subsidiarlos. Esos precios subsidiados son iguales para todos, con independencia de los ingresos que reciba cada cual. Con el mercado, los productos de la libreta podrían quedar solo para la población más vulnerable, como jubilados, núcleos de muy bajos ingresos, etc. Una limitación importante para que el mercado pueda desempeñar este papel diferenciador del consumo, según el aporte de cada cual, es la existencia de la doble moneda y, consecuentemente, de los mercados en moneda nacional y en peso convertible que, objetivamente, limitan el acceso a muchos productos solo a los que, por diferentes vías, tienen acceso a divisas. El acercamiento del valor real de ambas monedas y, en el futuro, su conversión en una sola es una condición importante para que pueda operar la distribución con arreglo al trabajo y podamos utilizar el mercado en las funciones que nos interesen.

**Ramón de la Cruz Ochoa:** El tema de la propiedad social es muy importante. En muchas ocasiones se ha identificado con la propiedad estatal. Por ejemplo, el movimiento cooperativo, que existe casi exclusivamente en la agricultura, ha dado buenos resultados y se ha ido perfeccionando. Esta producción social, ya sea como CPA o como Cooperativa de Créditos y Servicios, es una forma no estatal de propiedad social. Este sector es importantísimo para un problema tan prioritario para el país como la producción agrícola.

Tenemos que ampliar el punto de vista de lo que es ese tipo de propiedad, para darle más fortaleza, y extenderlo más allá de la agricultura, a otros sectores de la producción y de los servicios —por ejemplo, la gastronomía—, que en Cuba no se han desarrollado; allí la propiedad puramente estatal no ha sido exitosa. La comunitaria tampoco se ha desarrollado, y es una propiedad social. Se debe dejar de identificar la propiedad social única y exclusivamente con la estatal, y darle una connotación más creativa, más participativa al pueblo, de manera que este se sienta realmente identificado con ella.

En cuanto al mercado, es imprescindible en toda sociedad. La experiencia histórica —incluida la

nuestra— así lo demuestra. Pero debe estar controlado por el Estado, y que este disponga de los resortes necesarios para que cumpla su función social.

Hace muchos años soy partidario de la descentralización. Naturalmente, las propiedades básicas en la economía del país, la energía, la gran y mediana industria, deben estar bajo el estricto control del Estado. Descentralizar no quiere decir dejar «suelto», sino dar autonomía, capacidad de gestión y dirección. Lo mismo ocurre con el sistema empresarial, que debe tener mayor descentralización y autonomía. Es posible que en los últimos años se les haya otorgado a determinadas empresas estatales un poder de decisión y autonomía para el cual no estaban preparadas, lo que trajo algunas consecuencias negativas que se intentan revertir mediante una mayor centralización. Hay que crear las condiciones en el sistema empresarial, sin dejar congelado el proyecto descentralizador, que es vital en el funcionamiento de la economía y el socialismo.

Para que haya descentralización tiene que haber fuertes órganos de control de todo tipo, como la Fiscalía o el Ministerio de Auditoría y Control, y otros organismos centrales del Estado. Los beneficios de un sistema más descentralizado son obvios. Se le puede dar al municipio un presupuesto, determinadas facultades para manejar ese presupuesto, obtener ingresos, bajo el control de la ley y de los órganos superiores. Por el contrario, como ocurre ahora, el municipio tiene poca capacidad para crear, innovar y desarrollar planes que satisfagan las necesidades de su población. Si todo lo hacemos centralizadamente, la consecuencia va a hacer más pasividad por parte de la población y de las distintas instituciones del Estado.

**Enrique Gómez Cabezas:** La propiedad estatal es lo que permite disponer de los resultados de la producción en función del desarrollo social y también, algo muy importante, hacer un uso racional de los recursos. No es la acumulación de capital el motivo principal de la producción de bienes y servicios, sino el desarrollo social necesario ante las alarmantes consecuencias de un desarrollo depredador del capital, que no repara en la destrucción acelerada de las condiciones de vida de la especie humana, sin haber resuelto los graves problemas de salud, alimentación ni educación.

Sin ser especialista del tema, pienso que nuestra economía está sometida a un proceso de análisis permanente, se enfrentan problemas de disciplina laboral, descontrol de recursos, despilfarros, corrupción. En algunas empresas existe cierta tendencia a poner sus intereses por encima de los de la sociedad, incluso perdiendo de vista su objeto social. Con los resultados de estudios del potencial de ahorro de portadores energéticos y las reducciones del consumo

asociadas, se está demostrando que podemos lograr índices de eficiencia mayores en las empresas y en la economía, integralmente.

**Carlos Lage Codorníu:** En el llamado período de tránsito al socialismo, una de las transformaciones fundamentales es la de la propiedad. Aunque el individuo debería sentirse propietario de los medios de producción, de los que es supuestamente dueño, no se comporta como tal. Por las referencias que tengo, en los años de mayor bonanza económica esa contradicción no se resolvió. No tengo idea de cuál podría ser la alternativa, pero sí se hace necesario pensar en fórmulas novedosas para la realización de la propiedad en el modelo cubano.

La propiedad estatal tiene un reto, consistente en el manejo de los procesos de centralización y descentralización. Estos ciclos se han movido bruscamente en la economía cubana a lo largo de estos años, con fuertes centralizaciones y descentralizaciones. La centralización actual responde a una coyuntura. Pero cuando se vaya a descentralizar, lo mejor es no hacerlo de golpe, sino progresivamente. La empresa socialista depende muchas veces de que el empresario innova. Cuando se le quita la posibilidad de decidir —por la centralización excesiva— se limita su capacidad de iniciativa, su nivel de entrenamiento, y no aprende cómo funcionar de otra manera. Si se pasa bruscamente de la alta centralización a la descentralización, ese empresario se va a equivocar, porque estuvo mucho tiempo acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer y cuál era el camino.

No nos hemos dado tiempo todavía para demostrar que la empresa socialista estatal puede ser eficiente. A veces, en esto influyen muchísimo las relaciones con las demás empresas, los mecanismos de gestión, la doble circulación de moneda. Casi siempre las empresas estatales se mueven en una curva entre el control y la eficiencia. Según demuestran los estudios, cuando hay mucha eficiencia, existe poco control; cuando se centraliza, se gana en control, pero se pierde eficiencia. Ahora bien, no es lo mismo centralizar que *regular*. Hay fórmulas de regulación que pueden ayudar a que la curva se mueva hacia adelante, y se alcance un punto, con determinado control y también eficiencia. Por eso una de las mejores políticas que se iniciaron en esta etapa fue la del perfeccionamiento empresarial, cuyo objetivo era que la empresa se encaminara por sí misma.

El mercado —dígase el de la actividad de productores privados— siempre va a ser un problema, aunque ello no quiere decir que se deba renunciar a él. Hay determinadas actividades que pueden relegarse a ese mercado, pero siempre estableciendo límites muy claros. Estas relaciones de mercado facilitan la incubación de las relaciones capitalistas. No obstante,

la economía socialista ha demostrado, a través de cuarenta años, que no todo tiene que ser planificado y controlado, sino que es necesario ir dejando margen a ciertos segmentos de mercado. Por ejemplo, la gastronomía en las cafeterías, los «timbiriches», las paladares, el mercado agropecuario. Hay que ver en qué medida estos han resuelto o no una problemática esencial de nosotros los cubanos y qué se hace para ofrecer un espacio social de mercado para que se desarrollen.

Aunque no la creo adaptable a nuestra realidad, la línea económica china adoptó medidas sabias, al definir de entrada sectores sujetos a la planificación y la centralización, como por ejemplo, el energético; otros con algún tipo de regulación, aunque con márgenes propios de actuación e incluso de planificación; y otros que no se planifican, donde solo actúa la ley del mercado. De cierta manera, esa filosofía puede ser útil, en el sentido de definir qué áreas son estratégicas; cuáles tienen que mantenerse bajo determinado control, menos estricto; y qué actividades pueden quedar a la iniciativa particular de los individuos. Con particular no quiero decir necesariamente privado o individual, sino un margen donde determinados segmentos socioeconómicos, que no afecten la correlación de fuerzas dentro de la sociedad, puedan resolver problemas y necesidades reales.

**Oswaldo Martínez:** Son temas recurrentes, no resueltos, acerca de los cuales se ha debatido por toneladas de palabras y papeles, aunque siguen abiertos como grandes retos a la imaginación, a la sabiduría teórico-práctica y al escrutinio de experiencias. El tratamiento del mercado permanece siendo una asignatura pendiente del socialismo. Se trata de un fenómeno sumamente ambivalente. Lenin decía que las relaciones mercantiles generan capitalismo cada día, cada hora, cada minuto. Su funcionamiento espontáneo fue la base histórica del surgimiento del capitalismo y ha sido su mecanismo de generación y operación principal hasta hoy. Pero el mercado también es un mecanismo de estímulo a la productividad, a la innovación, a la producción. Y el socialismo se ha debatido históricamente frente a esa ambivalencia, que yo caracterizaría como la lucha entre la mercadofobia y la mercadocracia. Por un lado, no se trata del temor a un fantasma inventado, sino al peligro real de que las relaciones mercantiles, dejadas a su espontaneísmo, o confiando en su funcionamiento autónomo positivo, produzcan lo contrario a lo que el socialismo se propone. Siempre recuerdo la frase del Che cuando las calificaba de «armas melladas del capitalismo». Por otro lado, existe el peligro de que, al reprimir al mercado, ahogándolo totalmente, podamos conseguir efectos negativos, de desestímulo productivo, y esto puede ser

grave porque el gran problema consiste en que no hemos descubierto nada para sustituir algunas de sus funciones recurrentes y permanentes. Vivimos en el filo de esa contradicción, tanto en Cuba como donde quiera que el socialismo ha intentado sentar sus bases, pues el mercado resulta ser como un brioso caballo que corre el riesgo de lanzar a su jinete por el aire y descalabrarlo; pero al mismo tiempo, no hay otra cabalgadura disponible. Naturalmente, no puedo ofrecer una solución para este problema. Considero que debe ser manejado de manera muy específica, en el día a día, mediante un proceso de prueba y error. Los que creyeron que construir el socialismo era solamente estimular las relaciones mercantiles y jugar al capitalismo bajo un rótulo socialista, tuvieron que arrastrar las consecuencias que les deparó la vida. Es necesario aprender a usar el mercado en dosis medidas para que no nos mate, ya que es un tóxico; y al mismo tiempo en dosis suficientes para que pueda funcionar como tónico y permita estimularnos. No es posible olvidar en este sentido el componente ideológico, que es fundamental, la actitud política de la población, que se resume finalmente en su cultura, entendiendo que esta no se reduce a las expresiones artísticas y literarias, sino incluyen la cultura política.

El desafío nos lo plantea una sociedad de consumo que nos bombardea cotidianamente con sus imágenes, sus mitos y su muy sabiamente administrada publicidad, que golpea sobre los instintos más recónditos del ser humano, y también sobre nuestras carencias y errores. Por eso, tanto el tema del mercado como el de la propiedad social requieren una nueva ronda de examen de la realidad, y de debate. Sería saludable una reconsideración actual de las reflexiones teóricas del Che, a comienzos de los años 60, en torno a las relaciones mercantiles en el socialismo, vistas a la luz de la experiencia de cuarenta años y después de la caída del socialismo real, cuando en América Latina pugna por surgir un socialismo con nuevas características y nuestro socialismo ha sobrepasado ya la etapa de sobrevivencia de los años 90 para empezar a plantearse nuevas metas de desarrollo.

**Isabel Monal:** Tenemos un problema muy serio, que es necesario subrayar: la propiedad social de los medios de producción no está funcionando como quisiéramos. Se han experimentado diversas formas; unas tendemos a afianzarlas; otras, a modificarlas. El socialismo, en general, no acaba de encontrar un camino muy claro al respecto. Una de las tantas dificultades es que los trabajadores no se sienten dueños de sus medios de producción, sino que dicen: «son del Estado». Aunque trabajan para un Estado socialista, que a su vez representa al pueblo, los trabajadores no la sienten como su propiedad, ni tampoco el pueblo, en general. Las

implicaciones de este problema van más allá, pues afectan la calidad de la producción, el cuidado de los medios, su durabilidad, así como que el producto llegue bien al pueblo, y que cuando este hace uso de las instalaciones, tenga noción de que nos pertenecen a todos. Para evitar este y otros problemas, en algunos países socialistas se pusieron en práctica determinadas experiencias de autogestión, en que las decisiones sobre la producción se tomaban a nivel de la fábrica; pero esto daba lugar a que los trabajadores y la administración nada más pensarán en los intereses de *su* fábrica, y no en los de la sociedad. Ahí tenemos, creo, un problema del socialismo cubano, y del socialismo en general, sobre el que hay que trabajar.

La cuestión del mercado es fundamental. No soy economista, pero creo, por una parte, que la mercancía y el mercado no nacieron con el capitalismo, sino que existen desde tiempos inmemoriales. Marx nos legó el análisis del fetichismo de la mercancía y el concepto de alienación. Él decía que la fase de transición guarda muchos de los elementos de la vieja sociedad, aunque no lo quisiéramos. El socialismo ha querido, erróneamente, eliminar la mercancía. No sé si esto desaparecerá en el comunismo, pero de lo que no me cabe la menor duda es de que en el socialismo no puede desaparecer todavía. Lo que hay que determinar es qué papel desempeña la mercancía y qué función le vamos a dar al mercado. El socialismo es un proceso con una dinámica; lo que está bien hecho, en la década de los 90 o de los 80, puede que deba ser cambiado en la próxima década. Eso no significa que lo que se hizo antes estuviera mal, sino que ya no es válido porque caducaron las condiciones en que tuvieron lugar.

No estoy de acuerdo con lo que se hace en China, porque no creo en un socialismo *de* mercado, me parece una contradicción. Sin embargo, es necesario concebir un socialismo *con* mercado. Aunque eso es muy ambiguo, pues ahí caben decenas de concepciones y de modelos. En Cuba, estamos aprendiendo cómo hacerlo: hay que encontrar un punto de equilibrio. Ese es un rasgo de la transición socialista. Es necesario construir esta transición, pero no a partir de modelos utópicos y abstractos —que Gramsci decía que eran formas de autoritarismo—, sino a partir de realidades y experiencias que recibimos.

En cuanto al control de la economía, nadie puede dudar que la ejecución de un gran proyecto, la generación de electricidad o los recursos hidráulicos deben estar centralizados. Pero otras cosas deben estar descentralizadas, incluso a nivel de municipio, como son, por ejemplo, algunas campañas de salud pública. Aun si hay un nivel de centralización en la proyección, puede haber mucha descentralización en la ejecución. El socialismo, como experiencia histórica —sin excluir

la cubana—, ha pecado quizás de excesiva tendencia a la centralización, aunque se han creado en ciertos momentos formas de descentralización, pero pienso que siempre estuvimos un poco atrás en ese aspecto. Por ejemplo, las divisas en un momento dado se descentralizaron demasiado, pero no estoy muy segura de que se deban centralizar tanto como ahora y tengo en mente pequeños gastos para lo cotidiano. ¿Es que el modelo del socialismo que queremos exige algunas de esas centralizaciones? No. ¿Pero es posible, en las condiciones de Cuba hoy, hacerlo de otra manera? No es posible. Mi temor es que, habiéndose sobrepasado las condiciones que obligaron a ciertas centralizaciones, nos acomodemos a ellas.

**Concepción Nieves Ayús:** Las diferentes visiones sobre la propiedad social y el mercado en la etapa actual de reordenamiento socialista en esferas claves como la producción, distribución, comercialización y los servicios, transparentan la experiencia por la que transitamos en la década de los años 90, cuando tuvimos que adoptar un conjunto de medidas encaminadas a diversificar las formas de organización de la propiedad, incluyendo la de empresas mixtas, sociedades y asociaciones económicas con inversión extranjera. La diversidad que se introdujo en los años 1993-94 ha dado lugar a un proceso de acción y reacción en la sociedad cubana, cuyos fundamentos deben ser estudiados y analizados consecuentemente, en tanto se ha producido un replanteo en relación con el efecto de esas medidas. El tema de la propiedad es medular para la teoría y la práctica socialistas. Es imprescindible fortalecer la propiedad social. Hacer que resulte eficiente significa consolidar un sistema de relaciones diferente al capitalista, avanzar en la transición socialista. Sin embargo, hay acciones que no pueden hacerse reversibles de la noche a la mañana, hasta tanto no desaparezcan las causas que le dieron origen, es decir, la propiedad cooperativa o la mixta podrán ser superadas solo en la medida en que agoten sus potencialidades de desarrollo. Es necesario sopesar todas las variables para redefinir el rumbo, aunque la estrategia esté clara.

Otro aspecto es la polémica en torno a la definición de propiedad social. Si nos atenemos a la letra del marxismo original, sabemos que esta no se identifica con propiedad estatal, aunque la incluye. Las experiencias del socialismo histórico demostraron los peligros de esos extravíos. La propiedad social se expresa especialmente en la socialización de los medios de producción, lo que ocurre de manera diferente en cada país, en dependencia de los niveles de partida de cada proceso, así como de las variables externas que pesan en la adopción de determinadas políticas. Por ejemplo, en Cuba la coyuntura histórica fue muy diferente a la

que observamos hoy en otros procesos regionales —como es el caso de Venezuela. Sin embargo, tampoco para Cuba la propiedad estatal tiene que ser la única forma de expresión de la propiedad social. Durante el Período especial fue necesario acudir a la creatividad de las masas a fin de encontrar fórmulas de asociación para responder a problemas concretos. Es posible encauzar una política de autogestión y autodirección social consistente con el proceso de construcción socialista. Hay que tener en cuenta las condiciones por las que transitamos, aunque uno no puede obviar la importancia de utilizar los medios apropiados para alcanzar un determinado propósito. Construir una sociedad diferente a la capitalista requiere atender cuestiones como la igualdad, la justicia y la libertad. Es necesario que en lo político y lo social, pero también en lo económico, el obrero se sienta dueño. Como decía el Che, tenemos que construir la base material, pero sin descuidar la formación del hombre nuevo. Para lograrlo, se requiere trabajar paralela y gradualmente en ambas direcciones.

Aunque no soy economista ni experta en el tema, considero que el mercado no puede ser una entidad situada por encima de la sociedad, ni debemos absolutizar sus funciones. La posición extrema de excluir al Estado, variable importante en el proceso de construcción socialista, como mecanismo de regulación del mercado, no es viable. Tenemos que convivir con el mercado, no solo como una necesidad de nuestra economía interna, sino porque estamos insertos en el contexto del mercado internacional. Se requiere garantizar la suficiencia para el mercado interno en términos de producción, y para conectar ese abastecimiento y esa producción internacionalmente. Pero en nuestra sociedad los mecanismos de regulación del mercado no pueden ser los mismos que en el capitalismo. Hablando de transición socialista, no debe olvidarse que en este período las cosas no son puramente socialistas ni puramente capitalistas, pues estamos transitando de una forma de construcción a otra, y el mercado es una variable que se va a mantener a todo lo largo del proceso. No se trata de poner la sociedad en función del mercado, sino al revés. Hay un conjunto de variables asociadas a ese mercado que necesitan ser rearticuladas, repensadas, y desarrolladas consecuentemente. No solamente tenemos que considerar el mercado desde el punto de vista del movimiento de las mercancías, sino de la política de empleo y de otros muchos factores.

**Fernando Rojas Gutiérrez:** Ese es un asunto no resuelto. Los bolcheviques le dedicaron un congreso del partido casi íntegramente —en un momento en que no existía todavía el estalinismo— al tema del mercado. Después de que se canceló la relación solidaria

con los países del llamado campo socialista y, esencialmente, con la Unión Soviética, en Cuba nos hemos movido hacia el mercado, entendiendo, por un lado, que es imprescindible y obligatorio para fomentar el desarrollo; y, por otro, que por su propia naturaleza y su asociación congénita con el capital, puede resultar dañino a los fundamentos conceptuales y las esencias ideológicas de la revolución y del socialismo. Se ha usado la frase «no nos ha quedado más remedio...». Esta refleja una contradicción —entre esa necesidad u obligatoriedad, y al mismo tiempo, los perjuicios que puede provocar la relación con el mercado—, todavía no resuelta en el plano de la teoría, ni en el de la política. Aún no podemos prescindir del mercado y, sin embargo, tenemos conciencia de sus perjuicios. Habría que desarrollar esa conciencia de la manera más beneficiosa, porque una demonización al extremo conduciría a prescindir de elementos que pueden ser útiles, y a lo mejor incluso hasta imprescindibles, en la conducción y el desarrollo de la economía. Los bolcheviques empezaron a resolver esa contradicción introduciendo un término que en la teoría económica nuestra no se ha usado suficientemente: la «acumulación». Eugenio Preobayenski empezó a hablar de la acumulación primitiva socialista —evocando la capitalista—, es decir, reforzando la idea de la presencia instrumental de determinados elementos del capitalismo en la economía, con el objetivo de la acumulación. Me pregunto si no es posible hablar de una acumulación de capital para el desarrollo, a tenor de la introducción de elementos de mercado en los últimos quince años, como lo hizo la economía política del socialismo en aquellos primeros años de la revolución rusa.

En cuanto a las formas de propiedad ocurre igual. Lenin no identificaba la propiedad estatal como la única manera de avanzar hacia el socialismo; de hecho, cuando propone lo que los estalinistas llamaron después el «plan cooperativo leninista» —que les sirvió para decretar la colectivización forzosa de las tierras del campesinado—, él comenta estas ideas como Arquímedes cuando comenzó a gritar «*eureka!*», en el sentido de que, al fin, habían encontrado la manera de combinar el interés individual y el colectivo en la construcción del socialismo, mediante las cooperativas. Se puede llegar a la propiedad social —que no es lo mismo que propiedad estatal, dice Lenin claramente en sus últimos textos— a través de la libre cooperativización de los pequeños productores. En el marxismo de inspiración leninista no hay una apuesta íntegra y exclusiva por la propiedad estatal como antecesora de la propiedad social —aunque la estatal es también antecesora de la propiedad social, cosa que no entienden quienes la desprecian absolutamente.

En este tema no ha existido tampoco entre nosotros la suficiente claridad acerca de cuál es el alcance de la

propiedad de tendencia socialista no estatal. Comprendo también que la manera en que se manejó la fundación de cooperativas en Europa del Este, durante la etapa de desintegración de aquella experiencia, no tiene que ver para nada con la de inspiración leninista, y puede inducir preocupación entre nosotros. Hubo discusiones muy saludables auspiciadas por el llamado Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas.

En general, acerca del mercado y la propiedad es necesario sentarse a reflexionar más. Es necesario contar con más recursos de capital, y no solo de capital humano. Y la revolución tiene que proponerse esa meta, conservando lo que Lenin llamaba «las alturas de mando». Hay que hacer concesiones, si es necesario, para procurar acumular capital. Las críticas a la Nueva Política Económica (NEP) —algunas muy respetables, porque advierten los peligros, como por ejemplo, autorizar el empleo de fuerza de trabajo asalariada, o el arriendo ilimitado de la tierra a propietarios privados—, aunque desde la perspectiva de la crítica a los excesos son correctas, muchas veces olvidan que cuando se gestó aquella experiencia, trazada para un período relativamente largo, en el que se sostendrían determinados niveles de bienestar, justicia y equidad, se ponía el énfasis principal en la acumulación de capital como fuente para el desarrollo.

**R.H. / D.P.:** *¿En qué medida el consenso resulta un eje central en la evolución/ transformación del sistema?*

**Jorge Luis Acanda González:** Consenso también puede ser una categoría engañosa. No se puede ignorar que el capitalismo ha logrado consenso, de la misma manera que el fascismo tuvo el suyo. El problema es de qué tipo de consenso se trata. Ya Gramsci hablaba de la diferencia entre consenso activo y pasivo. Esta diferencia es muy importante para plantear el problema central: el de la democracia socialista. En mi respuesta anterior, me referí a que democratización de la propiedad implica democratización del poder. Se discute si se puede democratizar una primero y el otro después —o al revés. Ello implicaría que desde el poder central se llegaría a generar un cronograma de trabajo de la democratización. Esta idea, que puede estar asentada en algunos cerebros, resulta falsa. La democratización tiene que avanzar armónicamente en lo económico y lo político a la vez, o no avanza.

Volviendo a Gramsci, la cuestión es lograr un consenso activo, que implica no simplemente participar en la solución de los problemas, una vez que estos son definidos. Para que haya consenso activo las personas deben participar también en la reflexión acerca de los problemas y en su construcción, así como en la elaboración de estrategias. Lo más importante en el

tema de la participación es la definición de las áreas en la que esta existe, o se permite que exista; si alcanza todas las áreas (la de definición de los problemas, la de pensar sus posibles soluciones, la de decidir cuál o cuáles de esas soluciones se va a aplicar, la de decidir cómo se va a aplicar) o si simplemente se va a convocar a las personas para que participen en tareas ya establecidas de antemano en otros niveles. La pregunta clave es: ¿quiénes determinan los problemas existentes en una sociedad? Para poder desempeñar todos los roles que supone un consenso activo, las personas deben poseer una forma de conocimiento y pensamiento radicalmente diferente. De ahí que cuando Gramsci usó este concepto, lo vinculó al de *reforma intelectual*.

Para que existan individuos capaces de ejercer adecuadamente sus derechos ciudadanos, estos deben poseer un estilo de pensar adecuado. No se trata del conocimiento técnico necesario para resolver, por ejemplo, la utilización de los recursos hídricos de la cuenca del río Cauto, reducir la contaminación ambiental o los niveles de inflación. Se trata, en cambio, de un individuo que tenga la capacidad de un pensamiento crítico. Ahí entra el concepto de reforma intelectual. Es necesario reestructurar todo el sistema que incide en la socialización del individuo, en la producción de su sentido común, de sus conocimientos, de sus necesidades; no se trata solo de la escuela, ni de expandir el conocimiento en general, sino de transformar el tipo de conocimiento y lograr que la gente piense con su cabeza críticamente, que es la única manera de *pensar* realmente.

Para esto se requiere una reforma cultural. De manera que la escuela no sea un espacio donde una persona, desde arriba, le baja conocimientos a otra, que únicamente debe abrir las entendederas y metérselos dentro. Se trata de una enseñanza problémica, que desarrolle la capacidad de polémica, el pensamiento crítico; no convertir al individuo en un receptor de saberes, sino lograr la participación del alumno y de sus padres, de manera activa, precisamente para impedir que el proceso de enseñanza-aprendizaje se siga dislocando por completo. Lo mismo ocurre con la relación médico-paciente, dirigente-dirigido. Es imposible lograrlo si no se reestructura el sistema, de manera que el consenso tenga que ver con la participación, y esta no se reduzca al espacio que le asigna alguien desde el poder, porque este considere que ese es el que en este momento se le puede asignar, y solo ese. La participación tiene que ser, precisamente, ilimitada; para que sea activa en el disenso, en la discusión, en la crítica, en el entrecruzamiento de ideas, entre ciudadanos que tengan las condiciones no solo intelectuales, sino económicas y políticas, para ejercer sus derechos de ciudadanía.

**Aurelio Alonso:** El consenso resulta determinante, pues es el sostén de una proyección democrática. Pero,

¿qué es el consenso, dónde radica? Como dice Jorge Cela, «para un ama de casa eso que nosotros llamamos la crisis económica es algo que tiene lugar entre la puerta de su bodega y su cocina». Si ella logra cargar con alimentos entre una y otra, no hay crisis económica; y si no, entonces la hay. El consenso, la democracia, la educación para la democracia, la formación de la república: he ahí los grandes temas para el Partido.

La democracia no se reduce al papel del Partido como instrumento de dirección de la sociedad, aunque debe contar con este como proveedor y formador social, como garantía de calidades éticas, morales, que represente a una vanguardia, formada por los sectores más comprometidos de la población, los más dispuestos; para que este pueda ser siempre una cantera, un mecanismo de revisión, de corrección, que asegure dispositivos como la lucha contra la corrupción, son sus cuadros, sus mecanismos formativos, los que tienen que hacer esas funciones desde el Partido. A medida que vayan siendo relevadas las generaciones mayores, muchos de esos compañeros —a los que admiro por su entrega y por todo lo que han dado— podrán dar paso a otros más jóvenes que traerán consigo mucha frescura e inventiva, además de capacidad para hacer que el Partido también tenga su transición, para llegar a ser más vanguardia y menos poder institucional directo en nuestro país.

Hemos visto avanzar la persuasión sobre la presión, en el ejercicio del poder. Pero, a mi juicio, no basta. Es necesario conceder a la persuasión el plano de la espontaneidad: persuadirnos por nosotros mismos y no esperar a que nos persuadan. Además, los persuasores tienen también que ser persuadidos. Es un desarrollo que reclama la conciencia política.

Las bases del consenso están dadas por las posibilidades reales, no nominales, de participación efectiva que gane la población. A las generaciones más jóvenes les toca una responsabilidad muy fuerte en la presión social desde abajo, en el uso de la inteligencia para que el consenso se renueve.

**Narciso Cobo Roura:** Consenso y unanimidad son términos que a veces se utilizan erróneamente como si significaran lo mismo. A lo mejor hay espacios en los que puedan intercambiarse, pero pienso que puede existir consenso y no necesariamente unanimidad. Es necesario corregir la idea, demasiado generalizada, de que hay que entender las cosas y asumirlas de manera unánime. Le resta espacio a la inteligencia, al disenso, a la discrepancia, a la duda, a la reflexión. En mi opinión, debe haber siempre una posibilidad, un espacio —real— para analizar y considerar las alternativas en el ámbito de las decisiones, cualquiera que pueda ser la naturaleza de estas, para sopesar sus ventajas e inconvenientes. Estas no tienen por qué afectar el consenso; todo lo

## ¿En qué medida el consenso resulta un eje central en la evolución/transformación del sistema?

contrario: lo enriquecen. Disentir de decisiones en el orden político, económico o social, no quiere decir que no se participe de un consenso mucho más aglutinador, más enraizado, más comprometido —por compartido— en la realización de nuestro proyecto social.

El camino de discutir las alternativas es más sólido y nos permite llegar a soluciones con una mayor consecuencia. Al respecto, nos ha faltado el espacio para el debate real. El Llamamiento al IV Congreso fue muy aleccionador, porque era auténtico, genuino, a partir de una necesidad, y verdaderamente motivó a la población. Después de esta experiencia, se tuvo la percepción de que habíamos comprado cabeza y le habíamos cogido miedo a los ojos. Quizás en algunos lugares fue así; pero no creo que de manera general. En realidad, sobrevino todo ese fenómeno de la caída del socialismo en Europa del Este y la crisis impidió continuar profundizando en la dirección que se planteaba. Pero fue un momento de reflexión crítica de una riqueza social enorme y no creo que lastrara en nada el consenso, sino al contrario, lo fortaleció.

Es indispensable formar el consenso en un espacio de reflexión crítica, análisis, debate participativo, donde se sea auténtico, franco, abierto; donde no tengamos que asumir posiciones formales. Se trata de no seguir reproduciendo la doble moral, para que los hijos sepan que su padre no tiene un discurso en la calle y otro en la casa. Y que lo que se les dice a ellos en la intimidad es lo que proyecta socialmente, con la misma reflexión, madurez, sentido de responsabilidad, sin que existan dos lenguajes, dos formas de pensar. Es este consenso, y no otro, el que puede resultar un eje indispensable en todo este proceso reordenador en que estamos empeñados.

**Alexis Codina Jiménez:** El consenso, como expresión de comprensión y aceptación por amplias mayorías de políticas y medidas, es fundamental para realizar transformaciones y avanzar. Eso, junto con la confianza en Fidel y la dirección del Partido y el Gobierno, fue lo que nos permitió resistir el impacto de la crisis que se generó a inicios de los años 90 que, entre otras cosas, produjo apagones de hasta 18 horas diarias. A pesar de la urgencia con que teníamos que tomar medidas, para la subsistencia y para mantener la independencia y las conquistas sociales, el Plan de Medidas que se aprobó en la Asamblea Nacional fue discutido previamente en asambleas por millones de trabajadores y ciudadanos. También un amplísimo consenso realizado en años

posteriores, como respuesta a un plan de la disidencia financiada desde el exterior, ratificó la preferencia por la opción socialista, como única vía para enfrentar la crisis y preservar nuestro modelo, que es decir nuestra independencia y derecho al desarrollo. Me parece que un tema importante radica en los mecanismos para propiciar ese consenso.

Hay medidas que deben aplicarse, que pueden no ser populares, pero que hay que adoptarlas para preservar los intereses de toda la sociedad. Igual sucede en las organizaciones, donde el jefe tiene que exigir disciplina y cumplimientos que no pueden someterse a consenso. Otro tema relacionado con el consenso es la confianza. No podemos discutirlo todo, con todos. Hay cuestiones que «han de andar ocultas», como dijo Martí sobre su lucha contra el imperio, porque debatirlas o informarlas públicamente proporciona elementos para que nuestros enemigos traten de obstaculizarlas. La confianza en Fidel y en la dirección de la Revolución fue la que nos permitió primero resistir, para después subsistir y continuar desarrollándonos sin hacer concesiones a nuestros enemigos. Tan importante como el consenso es la agenda de los temas que deben ser consensuados: ¿en qué cosas es necesario que tengamos consenso?, ¿en cuáles no es necesario, ni posible?

**Ramón de la Cruz Ochoa:** Ninguna sociedad se puede dirigir si no hay consenso, aunque sea mínimo. Es una verdad tan conocida que no hay que demostrarla; la cuestión radica en cómo lograrlo. No se puede hacer sin discusión, sin debate y sin democracia, porque entonces sería formal y, por tanto, falsa. Para lograrlo hay que discutir los grandes temas que preocupan a la población y abordar este debate con un sentido pluralista. En resumen, el consenso debe consistir en una unidad en la diversidad. No se puede pretender, porque resultaría falso una sola opinión, un solo criterio, sobre los problemas fundamentales de la sociedad.

Ha habido momentos muy importantes de búsqueda de un consenso; por ejemplo, el conjunto de medidas que se tomaron para comenzar el Período especial se adoptaron solo después de haberlas sometido a un amplio debate en el país. Esta fue una experiencia muy positiva. Lo mismo ocurrió en aquellos debates previos al IV Congreso del PCC. Es necesario establecer esta práctica política como un estilo de trabajo en la sociedad, no solo en ciertas coyunturas.

Por supuesto, el consenso tiene que referirse a los temas fundamentales del país, los que garanticen su vida presente y futura, dentro de los principios que nos hemos dado —independencia, soberanía, solidaridad, justicia social—, y que han guiado a la Revolución. No podemos pretender lograr unanimidad en cada uno de los aspectos de la cotidianidad, porque además resultaría un desgaste innecesario.

**Enrique Gómez Cabezas:** El consenso es necesario, y cada vez lo será más. La Revolución se ha planteado el objetivo estratégico de elevar la cultura general integral de nuestro pueblo de manera que cada ciudadano pueda comprender las realidades y tener los elementos de juicio para formarse una opinión propia de cada situación. Ya no se trata de alfabetización, ni de un título universitario, sino de una cultura general integral necesaria para ser verdaderamente libres en un mundo donde la manipulación se ha desarrollado hasta límites increíbles, como medio efectivo de dominación. No se trata de adoctrinar a un pueblo para manipularlo, sino de darle acceso al conocimiento para que participe conscientemente en las transformaciones sociales. Digamos que hay un elevado nivel de consenso en las decisiones principales y estratégicas tomadas por la Revolución, a la vez que existen y se expresan muchas inquietudes en relación con la vida cotidiana.

Ese consenso no se expresa en silencio. Siempre hay un debate de manera espontánea sobre cualquier tema, el Partido tiene un estudio permanente de los estados de opinión y son tenidos en cuenta para la toma de decisiones. Una de las cosas que hay que lograr en mayor grado es que ese debate se refleje igualmente en el espacio formal de las organizaciones.

**Carlos Lage Codorníu:** El consenso tiene un papel fundamental y se logra a partir del debate. La unidad de pensamiento no supone que todo el mundo piense lo mismo, sino que se contrapongan criterios para lograr un intercambio dirigido a la construcción de un proyecto común.

Por eso, como recalca Raúl en el Congreso de la FEU, es muy importante el trabajo y la toma de decisiones en colectivo, que la gente lo sienta como una necesidad, no solo como un método. Incluso si se dispone de especialistas, personas con experiencia y ciertas aptitudes, las complejidades en que nos desarrollamos aconsejan, cada vez más, no descansar únicamente en esas personas, por muy capaces que puedan ser, pues difícilmente sean tan geniales como para no equivocarse nunca. Se reduce la probabilidad de error en las decisiones en la medida en que se tomen de manera colectiva, consensuada. Dicho así, la cuestión de prevenir las equivocaciones puede parecer trivial, pero no lo es, porque si algo explica las reacciones

escépticas y pesimistas en algunas personas últimamente, es la acumulación de malas experiencias como consecuencia de políticas erradas. El consenso puede ayudar muchísimo a ser más eficientes, no solo en la economía, sino también en la manera de dirigir la sociedad y de construir el camino socialista. Además —y esto es muy importante—, genera un sentido de pertenencia con la decisión, la confianza en la capacidad real de que el nuestro sea un proceso de construcción colectiva.

Antes fue más fácil adoptar determinadas políticas que respondieran a los deseos e intereses de una gran mayoría; hoy es mucho más difícil, por la heterogeneidad de nuestra población. Es muy difícil que una misma política tenga igual aceptación o impacto en sectores o grupos de personas diferentes. Necesariamente, la adopción de políticas globales va a ser cada vez más polémica; por consiguiente, en cada espacio y estrato social tiene que haber adecuaciones que requieren mucha mayor preparación, creatividad y tacto de nuestros dirigentes.

Es necesario desarrollar fórmulas novedosas para hacer política, atemperadas al momento que vive el mundo, al influjo de las nuevas tecnologías del poder, de los medios de comunicación. Se repite mucho que Cuba es un país muy politizado; probablemente esta sea una de las mayores ventajas, pues no se puede construir el socialismo sin una sociedad altamente politizada. El problema se presenta con los métodos, que muchas veces son esquemáticos, y en vez de lograr el resultado propuesto, se produce cansancio. Hay temas políticos que, por su naturaleza, pudieran desarrollarse de manera atractiva; sin embargo, la excesiva reiteración y los métodos arcaicos logran desencadenar un rechazo entre la gente ante un tema que pudiera haberse desenvuelto con éxito.

Muy relacionado con los métodos, un aspecto a tener en cuenta es la cuestión de los códigos. No se debe asumir que los jóvenes de hoy respondemos a los mismos códigos comunicativos que las generaciones anteriores. Ni siquiera hay que suponer que a las generaciones mayores les funcionan los mismos códigos de hace veinte años. El mundo ha cambiado mucho, y la sociedad cubana junto con él, así como los moldes en que los hombres viven y se desarrollan bajo estas nuevas circunstancias. Hay que reexaminar las maneras de atraer e incorporar. Nuestro estilo se ha quedado prácticamente reducido a volver a repetir lo mismo. La cultura y los medios —no solo la televisión— tienen que ser nuestra principal forma de hacer política. Aunque no sepamos bien cómo, las vías tienen que ser estas. En las universidades, a veces funciona mucho más el correo electrónico que la televisión y la radio. Es necesario investigar cuáles son las vías por donde llega

la información a la gente, y cómo utilizarlas sin abusar de ellas.

Para nosotros los jóvenes, el socialismo significa pasar trabajo y tener que vivir y asumir contradicciones dentro de la familia, incluso éticas, entre lo que tengo para vivir y mis convicciones. No tenemos otro referente del socialismo más que el que nos dieron nuestros padres. Esa visión tiene que compensarse —entre otros recursos—, con procesos de formación y de educación que abarcan desde el conocimiento de la historia, hasta la discusión sobre adónde va el socialismo.

Cuando se proclama «defender el socialismo», ¿se trata de defender qué? Arrastramos problemas que nos hacen mucho daño. Por ejemplo, en el transcurso de determinados procesos asamblearios convocados por las organizaciones, se multiplican los discursos, que no son vacíos solo porque digan frases manidas o repetidas, sino porque incluso los discursos más espontáneos carecen de un referente, de la seguridad de a dónde queremos llegar: ¿sabemos qué defendemos? Hay que revisar de nuevo el significado de muchos conceptos. Releyendo el discurso de Fidel en 1961 llamado «Palabras a los intelectuales», me asombró lo que él decía sobre lo que significa ser revolucionario —y lo empezamos a discutir en la FEU. Según Fidel, hace cuarenticinco años, el revolucionario era la vanguardia, era una actitud ante la vida, que debía tratar de cambiar y de ir directo a las esencias. En un tema como este puede ayudar muchísimo el debate, pero tiene que desarrollarse de una manera integradora.

**Oswaldo Martínez:** No hay socialismo sin consenso socialista. Si hemos llegado hasta aquí, ha sido porque ha existido ese consenso, aunque no se haya mantenido siempre igual. A lo largo de cuarentiocho años, por supuesto, ha cambiado. Ese consenso no existe por decreto, sino que es como una planta, hay que cuidarlo, echarle agua, cultivarlo. Está influido por los diferentes momentos políticos y también por el relevo generacional. 70% de la población cubana nació bajo condiciones de bloqueo; y no sé exactamente qué porcentaje, pero uno no despreciable, nació después de 1990, es decir, bajo las condiciones de lo que hemos llamado Período especial. La Revolución ha tenido la sabiduría suficiente para mantener ese consenso. No obstante, tiene que tener en cuenta la realidad de esas características poblacionales del país en la actualidad. Por un lado, se trata de una población que envejece cada vez más, por encima de 60 años; y por otro, ese segmento que ha nacido en condiciones de Período especial no ha encontrado aquella aparente solidez de la Unión Soviética, ni la pertenencia a un mundo aparentemente sólido y seguro, como era aquel grupo de países socialistas, sino la cruda y no pocas veces

amarga resistencia del Período especial, sus escaseces y desigualdades. Aprecio como uno de los ingredientes importantes del mantenimiento de ese consenso, en los últimos años, la existencia de una política cultural más inclusiva y abierta.

Por supuesto, tenemos por delante retos gigantescos, en particular el inevitable cambio por razones biológicas de la dirección histórica de la Revolución. Pero también son grandes las capacidades y los recursos que tiene nuestro pueblo, capaz de haber resistido el Período especial en soledad, antes de que apareciera Chávez y de que mejoraran las relaciones económicas con China. Este pueblo tiene absoluta convicción de que nuestro socialismo llegará a buen puerto, que vamos a lograr enlazarnos con las transformaciones políticas que están teniendo lugar en América Latina y que finalmente van a permitir la realización del esfuerzo socialista cubano. Para decirlo en términos militares, Cuba ha sido como una patrulla que se adelantó a su batallón, y quedó cortada en relación con América Latina. Esa patrulla intentó establecer vínculos con otro batallón, muy alejado geográficamente y culturalmente; de allí recibió durante cierto tiempo ayuda, solidaridad y también algunas cosas nocivas. Aquella relación se rompió y ahora podemos decir que empiezan a restablecerse los contactos con el batallón de origen, al cual pertenece por razones históricas, geográficas, y sobre todo culturales. Hemos sido antes vapuleados por todas las desventajas del socialismo en un solo país; pero ahora se abre la posibilidad de fundirnos en una internacionalización del socialismo, en esta nuestra región histórica y cultural. Esta posibilidad debe tener sobre nosotros una influencia muy saludable; y, por supuesto, Cuba también debe influir sobre ese proceso.

**Isabel Monal:** Aprecio mucho esta pregunta, porque a menudo no se le da la importancia a la dimensión que tiene la idea del consenso. Gramsci, con su concepto tan amplio y tan rico de hegemonía, subraya la importancia del consenso. Ninguna sociedad puede vivir sin consenso, pues de otra manera, no permanece estable ni se reproduce a sí misma. En ciertos capitalismos se logra el consenso incluso de las clases explotadas. El socialismo lo necesita todavía más que el capitalismo. Y este solo se construye escuchando a los otros, no puede ser impuesto. Porque no puede ser una copia ni una continuación del consenso del capitalismo; tiene que ser algo nuevo. Y es así porque el socialismo depende del pueblo, y supone un ciudadano activo que debe decidir, crear; de otra manera, no se reproduce ni evoluciona. Uno de los errores de las experiencias socialistas es no haber tenido suficientemente en cuenta que la dinámica de la sociedad socialista no se puede parar nunca, y tiene contradicciones que es necesario reconocer. En estos años, que han sido terribles por

una parte, y tan enriquecedores por otra, hemos ido creciendo en la maduración de cómo se elaboran los consensos.

A lo largo de estos últimos cincuenta años, la sociedad cubana ha sido siempre heterogénea, aunque en estos momentos, lo es más que en los 80. Han surgido grupos nuevos, hay una movilidad diferente, y una mayor cultura de debate, porque el nivel de información, que es uno de los puntos que ha ganado la sociedad cubana en estos años, es mucho mayor que el de décadas anteriores. No puede haber democracia, ni consenso, ni participación, si no hay suficiente información no solo de lo que pasa en Cuba, sino en el mundo, porque hasta para entender Cuba es necesario saber lo que pasa en el resto del mundo. El nivel de información le permite, al ciudadano del socialismo, análisis más complejos y una mayor diversidad de criterios. Pero la sociedad también necesita coincidencias de criterios para actuar al unísono. Se requiere unidad para reconstruir consensos —porque los consensos se pueden quebrar y reconstruir— y tener en cuenta para ello la gran heterogeneidad de la sociedad cubana.

**Concepción Nieves Ayús:** El consenso es clave para el buen desenvolvimiento de la sociedad civil, en sus vínculos con la sociedad política. La construcción de un tipo de socialidad diferente a la capitalista, desde una ideología revolucionaria como la nuestra, es una tarea de masas y no de élites; por tanto, es imperativo contar con el pueblo.

El consenso es algo altamente valorado, porque con el Período especial, en condiciones difíciles y de muchas insatisfacciones como consecuencia de la crisis económica, uno de los mayores retos del gobierno revolucionario fue mantener el consenso. Los Parlamentos Obreros fueron una forma de construir el consenso. En esas circunstancias, el poder revolucionario se vio abocado a buscar diferentes vías para articular el consenso y hacer que el pueblo se sintiera parte del proceso de toma de decisiones. Surgió la oportunidad de un diálogo amplio, abierto, de criterios encontrados y opuestos. Esa expresión contradictoria es precisamente el consenso, cuya esencia radica no en que todos piensen igual, sino en la convergencia en torno a elementos cardinales comunes. Esa experiencia permitió que la dirección de la Revolución pudiera asumir un conjunto de medidas y que fueran entendidas no como un paquete neoliberal, sino como un plan necesario para salvaguardar la Revolución.

El consenso se logró a través del discurso argumentativo, basado en una ética de la responsabilidad por parte de todos los ciudadanos comprometidos con el proceso revolucionario, que transitaba por una de sus etapas más convulsas. Evidentemente, en tales condiciones el consenso excluye toda coacción que no

sea la del mejor argumento. Y eso fue lo que sucedió en la década de los años 90, proceso liderado por Fidel, quien tuvo la capacidad de mantener la vinculación con los trabajadores, de oír al pueblo y de hacer que las medidas, aun las más traumáticas, tuvieran un sentido político y no tecnocrático.

En las primeras etapas de la Revolución, los recursos para fomentar el consenso eran diferentes, pues se trataba de otras tareas. En la actualidad, la acentuada heterogeneidad de la sociedad civil, expresada en una marcada diferenciación interna de las clases y grupos sociales; el surgimiento de nuevas organizaciones y cambios en el marco de las ya existentes, así como la necesidad de nuevos espacios y formas en sus relaciones mutuas y hacia el Estado, imponen el despliegue de múltiples formas de participación para la construcción del consenso político. Es vital concebirlo de otro modo, canalizando la participación de manera que trascienda lo movilizador, y se inserte con más fuerza y conciencia en el proceso de toma de decisiones para que las personas se sientan parte, que puedan no solo expresarse, sino involucrarse en la definición de las tareas. En esa misma medida, el consenso se puede mantener y fortalecer en torno al proyecto revolucionario.

La calidad del consenso en torno a la Revolución cubana se mantiene porque el pueblo legitima el poder. El proyecto cubano ha dado muestras de la existencia de un consenso político fuerte, vinculado a la defensa de los principios del sistema. Ejemplo de ello lo constituye el respaldo de la población al proyecto de modificación constitucional, suscrito por más de 99% de los ciudadanos, de manera voluntaria. Esto significa la defensa de nuestro sistema ante cualquier intento, externo o interno, de cambiar los principios sobre los que está estructurado, además de ser una respuesta a los ataques externos, y una demostración clara de la legitimidad de que goza la dirección política de nuestra Revolución.

En asuntos cruciales, vinculados a la defensa frente a los ataques de los Estados Unidos y de otro tipo, el consenso es sólido. Las disonancias aparecen asociadas a problemas que impactan la vida cotidiana; emergen opiniones, juicios, valoraciones críticas, posiciones encontradas respecto a determinadas medidas. El consenso no es estático, fluctúa, se modifica. Esto es un reto para la propia política, pues no basta con que haya buenas intenciones de parte de quienes toman las decisiones, ellas pasan por la conciencia de los dirigidos, por sus sentimientos y sus deseos, porque la sociedad es un organismo vivo. En esa misma medida, el consenso debe ser constantemente redefinido.

**Fernando Rojas Gutiérrez:** Para seguir usando la categoría de acumulación, que me parece muy pertinente, hay un momento a mediados de los 90 en

el que se detiene la caída del Producto Interno Bruto, y aunque no se ha intensificado la recuperación, empieza un cierto nivel de crecimiento. Ese momento coincidió muy favorablemente con un auge del intercambio de ideas y discusiones; es el mejor momento, por ejemplo, de nuestras revistas culturales como conjunto, y es cuando se produce también un movimiento hacia la discusión en las organizaciones juveniles. Hubo una especie de coincidencia entre un incremento de la confianza, porque se empieza a percibir que puede haber una salida, y un mayor debate, un incremento en la circulación de ideas. También fue el momento en que se adquirió conciencia de los efectos negativos del mercado. En esa etapa se fortaleció el consenso; en primer lugar, porque la capacidad de resistencia demostrada era, en sí misma, una victoria; y en segundo, porque se empieza a percibir —como decía Fidel por entonces— la luz al final del túnel. En ese período se produjo un incremento del nivel de acumulación.

Otro momento importante, en el plano de las ideas, es el inicio de lo que se dio en llamar después «Batalla de ideas», y que pudo desplegarse también porque tuvo lugar una determinada mejoría en la situación económica que permitió el inicio de un conjunto de programas cuya esencia era más profunda que la de un grupo de obras constructivas. Los resultados que se esperaban de esos programas, esas inversiones para acumular un nuevo capital de ideas, eran una transformación cultural que, a la larga, fortalecería el consenso. Esta meta no se ha alcanzado en la plenitud en que se había proyectado, hay que reconocerlo. En el momento actual, después de varios años, no se ha logrado lo esperado, y en algunas áreas yo diría que se ha retrocedido en una transformación cultural cuyo propósito, declaradamente expresado, era que los niveles de cultura y de educación fueran una fuente todavía más sólida de dignidad, fortaleza y desarrollo de la conciencia.

En consecuencia, el consenso ha cambiado de naturaleza respecto al momento anterior de mediados de los 90. Estamos más cerca de cómo estuvimos, en el sentido del consenso nacional, a los primeros años de los 90. Ciertamente, tenemos conciencia de que hay un enemigo —mucho más agresivo incluso que en aquel momento— de nuestros intereses sagrados como nación: la soberanía, la independencia, la perspectiva de la construcción socialista, que fueron las bases de la resistencia victoriosa de este pueblo a principios de los 90. Pero no estamos, al mismo nivel, satisfechos con el desarrollo de las políticas domésticas, tanto con las que afectan la vida cotidiana y la economía como con algunas incidentes en la ideología, la formación de conciencia, como estuvimos a mitad de los 90. Hay retrocesos preocupantes en esta esfera; por ejemplo, la

visión existente hoy sobre el capitalismo es más ingenua y menos militante, lo que daña al consenso. Actualmente, ha ganado terreno una perspectiva nacionalista burguesa de desarrollo de Cuba, que representa hoy una alternativa más peligrosa que en cualquier otro momento de la Revolución. En este momento no se puede descartar esa perspectiva considerándola extinta, como pudo darse por sentado en etapas anteriores. Se mantiene consenso alrededor de los pilares fundamentales, pero no es lo suficientemente sólido acerca de una perspectiva socialista, que es el tema de la pregunta.

**R.H. / D.P.:** *¿Qué peso tienen la expresión y participación ciudadanas en su funcionamiento?*

**Jorge Luis Acanda González:** Un problema bien definido desde que se empezó a usar el concepto de *ciudadano*, en los albores del pensamiento liberal, es que la ciudadanía puede ser formal o real. Para su ejercicio hace falta, en primer lugar, independencia económica. En el capitalismo, esta independencia de las amplias mayorías no existe; en el socialismo estadocéntrico tampoco, por cuanto el Estado es el único empleador y propietario, con una capacidad muy fuerte de coerción económica no violenta, para abrir espacios y cerrarlos, y coartar al individuo.

En segundo lugar, se encuentran los requisitos políticos. Cuando el individuo se expresa y participa, no puede sufrir sanciones de ningún tipo. Cuando en los años 70 se le decía a alguien: «no vas a escribir ni publicar, el único espacio que te vamos a dejar es que te vayas a trabajar a una fundición de acero», y esto se cumple porque no hay formas jurídicas ni políticas para impedirlo, la capacidad de ejercer los derechos de ciudadanía está fuertemente limitada. De esta manera, la participación se queda en un nivel puramente formal, al que le corresponde un consenso puramente afirmativo.

No hay que olvidar tampoco que expresión no es sinónimo de participación. De otra manera, habría que admitir que no hay sociedades más participativas que las de ciertos países capitalistas, donde existen libertades formales de expresión, y la gente puede hasta burlarse del presidente de la república, o decir lo que le dé la gana. Como sabemos, esa expresión no implica participación real ni garantía de consenso activo.

**Aurelio Alonso:** La democracia socialista tiene que ser participativa, pero también representativa. La llamada democracia que el liberalismo nos ha impuesto, representativa y no participativa, no implica que tengamos que inventar una democracia solo participativa y no representativa. El socialismo tiene que crear también su representatividad.

En muchos países de América Latina se está demostrando que las democracias representativas, tal

cual existen, no son tan desaprovechables, porque los intereses populares han llevado a la presidencia a gobiernos que responden a sus demandas, y no a los que están en contra de estas. Y lo están haciendo con lo que el Che llamó «las armas melladas del capitalismo», en el contexto de un nivel de deterioro de la institucionalidad burguesa, de la gobernabilidad, se dice hoy —que todavía el Che no pudo conocer en su época—, que el pueblo puede utilizar, y lo está haciendo. Si en Venezuela la transición tiene que ser del capitalismo a un socialismo nuevo, con mercado, en nuestro país tiene que ser de un socialismo defectuoso a un socialismo viable. En esa búsqueda hay que hallar una democracia en la cual la participación efectiva, que dista de haberse logrado, signifique algo más que la disposición del pueblo a asistir a una marcha popular o a una movilización del 1° de mayo. Tiene que ser, progresivamente, una participación en las responsabilidades constructivas de la sociedad. El Che lo definía con una frase extraordinaria: «la democracia tiene que ser que el pueblo pueda participar en decidir qué parte del ingreso bruto va a la acumulación y cuál al consumo». Hay que pensar en cuáles dispositivos de representación se crean para que, en cada nivel, haya una participación efectiva, de manera que quien decida sea el pueblo. Nuestra Asamblea Nacional, llena de virtudes morales, debe implicarse mucho más en el ejercicio del poder y de la participación real en las decisiones.

Una manifestación popular puede funcionar como mecanismo democrático en una sociedad dividida, para afrontar a los terratenientes afectados por la reforma agraria y en plan de promover cualquier tipo de sabotaje, con una población que apoya la socialización de la industria azucarera y que la tierra sea distribuida. En esa asamblea en la Plaza de la Revolución, una manifestación masiva de pueblo está actuando en una decisión. Pero no cualquier marcha en la plaza, aunque puede ciertamente demostrar la solidaridad con la Revolución, expresa que esa masa de pueblo esté decidiendo nada. Hay un cierto anquilosamiento del poder de convocatoria, en lo que refiere a participación. Es necesario encontrar los caminos de la participación que pueden volver a darle al proceso revolucionario un consenso *in crescendo*. Aunque este no se ha perdido en lo esencial, los viejos mecanismos ya no están funcionando.

En cuanto a la expresión ciudadana, el hecho mismo de que estemos hablando de este tema y que se pueda publicar me parece un buen signo. La expresión es un punto de partida clave para recuperar un poco el valor de aquella frase «Dentro de la revolución, todo», definiendo *dentro* con una connotación más política que doctrinaria, y más totalizadora que reductiva. El tema

de la expresión, la apertura del debate, son signos positivos. Conocer nuestra historia, y discutirla, es un ingrediente imprescindible en la formación de un sentido de participación distinto.

**Narciso Cobo Roura:** Pienso que uno es el peso que pueden y deben tener la expresión y la participación ciudadana en la formación de nuestro consenso, y otro el que realmente tienen. Virtualmente son amplias, significativas, insustituibles; realmente, en mi opinión, distan de lo que tienen que ser. Expresión y participación ciudadanas, hoy por hoy, son insatisfactorias. Nuestro sistema es mucho más participativo que el de muchos otros países, no lo pongo en duda; pero sus posibilidades reales son incomparablemente mayores.

El primer espacio de participación ciudadana, la asamblea de rendición de cuentas del Poder Popular en la circunscripción, por tomar ese único referente, no permite una verdadera interacción. Todo lo contrario, en vez de ser propiciatoria para que fluyan los problemas de la comunidad, más bien fomenta la incomunicación. El mecanismo de inhibición se instala a partir de que hay una determinada retórica pseudoexplicativa, racionalizadora, de las causas que determinan la no solución de los problemas. Esto da lugar, las más de las veces, a la indiferencia. Esto no forma el consenso activo que se requiere.

La capacidad de reacción de las estructuras frente al malestar o a la inconformidad del consumidor, el cliente, el ciudadano, es a todas luces insuficiente e ineficaz en cualquiera de las instancias. Como resultado, este se encuentra predispuesto de antemano a cuestionar la posibilidad o capacidad de reacción y corrección que pueda tener una estructura determinada, lo cual limita la participación efectiva de una gran parte de la población. A nivel de la sociedad, estamos desaprovechando un diseño que tiene otras potencialidades y preservando, retóricamente, mecanismos con un determinado grado de irracionalidad, que tienen un efecto enervante, inhibitorio, o que impiden directamente la expresión y la participación ciudadanas. Es de las cosas que más nos urge y apremia cambiar.

**Alexis Codina Jiménez:** Si el *consenso* es fundamental, la *expresión y participación ciudadanas* son los vehículos para propiciarlo. No puede haber dudas de que nuestro sistema de participación es muy superior a los de las «democracias representativas». En los últimos años he estado algunos meses en diferentes países latinoamericanos, en algunos períodos he coincidido con procesos electorarios. Los intercambios con alumnos de los cursos que he impartido y otros ciudadanos me han permitido conocer algunas interioridades de esas «democracias». Algo que me resultó revelador, que la

gente hablaba como una cosa muy natural, es que los congresistas (que salen electos por campañas que financian sus partidos, con contribuciones de empresarios) tienen que entregar una contribución mensual a su partido que, muchas veces, es superior al sueldo que reciben. Es decir, que sus partidos tienen claro que su elección le propiciará ingresos muy superiores a su sueldo. Esos ingresos debe gestionarlos con las atribuciones que le permite su cargo (prebendas, aprobación de leyes que benefician a determinados grupos económicos, apropiación de ayudas externas, etc.). Varios ministros fueron sustituidos por malos manejos, pero los congresistas tienen inmunidad parlamentaria; por tanto, no pueden ser revocados porque fueron «elegidos por el pueblo». Esa es la «democracia representativa» que Mr. Bush nos propone para «liberarnos».

En el caso de Cuba, el sistema de órganos del Poder Popular, desde la circunscripción hasta la Asamblea Nacional, con todos los defectos que puedan señalársele, no solo es representativo (y no de los intereses de grupos económicos), sino también participativo. Pero es insuficiente. La instancia en la que participa la población es la asamblea con el delegado, en la que se discuten problemas de la zona que muchas veces este no puede resolver, porque requiere recursos que se manejan en otras instancias o por la burocracia de las instituciones que tienen que darle respuesta.

Pienso que para una *expresión y participación ciudadanas* más amplia, esto es insuficiente. En los años 90 utilizamos las asambleas para una amplia consulta popular sobre el Plan de Medidas que se debatiría en la Asamblea Nacional. Este mecanismo es muy amplio, pero resulta muy costoso y, necesariamente, demorado. Hay que pensar en otras vías. A diferencia de otros países, en Cuba el pueblo está organizado. Podríamos utilizar diferentes organizaciones más, como hemos hecho en otras ocasiones. Para el análisis de cuestiones específicas, podrían crearse grupos *ad-hoc* con integrantes de diferentes organizaciones políticas y sociales, así como de asociaciones profesionales (Unión de Juristas, de arquitectos e ingenieros, economistas y contadores, etc.), investigadores y académicos.

La prensa podría desempeñar un papel más activo en esto, trabajando en tres planos: información, integración de estados de opinión, y con trabajos de análisis y reflexión. En la Asamblea Nacional se debaten temas que interesan a la población, la prensa informa lo que plantearon los delegados, pero muchas veces no podemos entenderlos bien porque no tenemos antecedentes de lo que se discute. Se podría preparar un resumen de los documentos base (con los aspectos que puedan hacerse públicos), informarlos previamente en la prensa y que los interesados enviaran sus criterios.

En la última sesión de la Asamblea Nacional, los ministros de Economía y de Finanzas y Precios presentaron sus informes más resumidos y centrándose en los problemas. Eso es bueno, porque disipa el tono triunfalista que a veces caracteriza algunos informes. Pero nos privó de una información amplia, que aparecía en informes de años anteriores. Raúl planteó que la prensa informara más ampliamente sobre esto pero, después de pocos días, no se informó nada más.

Con excepción de los temas culturales, deportivos e internacionales, son excepcionales los trabajos de análisis y reflexión sobre problemas nacionales. Nos enteramos de lo que se hace cuando se inaugura una obra. Pero conocemos poco de lo que se está haciendo. El informe que presentó el ministro del Transporte en la Asamblea nos ayudó a comprender los problemas del transporte ferroviario y de carga, y las cosas que se están haciendo; el de la ministra de Industria Básica nos actualizó sobre la generación eléctrica. Pero esto fue en la Asamblea; hay que hacerlo más frecuente y fluidamente. Recuerdo el espacio «Ante la prensa», donde ministros y funcionarios informaban lo que se estaba haciendo, la gente llamaba y se interesaba. La Mesa Redonda ha ganado un interés en la atención de la gente. Es un espacio muy útil, además de información, se presentan análisis y reflexiones. Podríamos utilizarla más para cubrir este déficit, incorporando más temas de interés cotidiano para la gente, como sucedió con las que se desarrollaron, con la participación de Fidel, cuando la crisis energética y en otros momentos.

No se trata de promover una *glasnost*, que solo sirvió para confundir y para que los soviéticos renegaran hasta de su heroica historia. Es difícil encontrar otro pueblo con la instrucción y cultura política del cubano. Esa gran fortaleza que ha creado la Revolución podemos utilizarla más creando los espacios y vías que, sin comprometer la discreción con que tenemos que manejar algunos asuntos, nos permita convertir esa fortaleza en energía.

**Ramón de la Cruz Ochoa:** Nuestra concepción de la democracia —de la mayoría de los cubanos, incluidos los profesionales que estudiamos estos temas, y los intelectuales— no es la de un proceso consistente en votar cada cuatro, cinco o seis años, y elegir representantes, diputados y senadores. Se trata de que sea una democracia participativa, donde los ciudadanos intervengan sobre todo en la toma de decisiones, así como en su ejecución. No puede pretenderse una buena participación que influya en la toma de decisiones si no existe expresión de las ideas y debate. No puedo aceptar la existencia de espacios exclusivos para que tome decisiones un grupo élite de la sociedad. En todas las decisiones fundamentales de la sociedad deben participar todos los sectores sociales, incluyendo las

## ¿Qué peso tienen la expresión y participación ciudadanas en su funcionamiento?

minorías, siempre que sean legítimas y actúen dentro del respeto a nuestra Constitución y nuestras leyes.

**Enrique Gómez Cabezas:** Si estamos hablando de consenso es a partir también de la participación. El consenso se expresa también en la medida en que la gente participa y protagoniza las transformaciones. Si no existe cultura y nivel de información no hay participación consciente, pues no pueden sustentarse las opiniones

Trabajar en función de un objetivo es participar. Transformar la sociedad, ser parte de los nuevos programas de la Revolución, es participar. Los trabajadores sociales que cumplen misiones de la Revolución energética en el exterior, o los médicos internacionalistas, participan en un proyecto que expresa un valor imprescindible a nivel global. Participar es también debatir y contribuir a interpretar la realidad, aportar en la generación de ideas, tan necesaria para encontrar soluciones a los enormes problemas existentes.

En distintas etapas de la Revolución, los jóvenes han sido protagonistas de importantes transformaciones sociales: desde las luchas por la independencia hasta la campaña de alfabetización y las milicias revolucionarias, las misiones internacionalistas en África o la presencia de los médicos en más de sesenta países; los maestros emergentes que revolucionan hoy la educación con los nuevos programas que se desarrollan, o los instructores de arte abanderados en la batalla por el desarrollo de la cultura. Los trabajadores sociales, cuya edad promedio es veintiún años, están haciendo Revolución: Fidel los ha llamado constructores de una sociedad nueva. Ahí está la participación y es necesario lograr, en mayor grado, que se sea más consciente de ello y sea asumido con absoluta responsabilidad.

**Carlos Lage Codornú:** La participación es un reto y una necesidad. No se logra una Revolución verdadera si la gente no se siente partícipe —sin que se confunda esta idea con que todo el mundo tiene que decidir todos los días acerca de todo.

Por la edad que tengo, 25 años, mi vida ha estado determinada por los años de la crisis, período durante el cual vimos cómo se degeneraron o se corroyeron ciertos valores en Cuba, que afectaron a su vez a organizaciones e instituciones. Se discute acerca de si a la gente no le interesa participar —lo que en algunos casos puede ser cierto—; pero muchas personas

verdaderamente interesadas no han encontrado espacios donde actuar, o no sienten que las tomen en cuenta. En tiempos de crisis, resulta razonable que la política sea cerrar todo y mantener cierta rigidez, pero en la medida en que se produce una evolución de la situación, es necesario abrir y flexibilizar, porque no vamos a vivir permanentemente en esas condiciones. No se puede desconocer que Cuba está en guerra constante, que estamos expuestos a peligros; pero hay que ir ensanchando márgenes al debate, a las vías de participación. Nuestra organización, la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), también enfrenta ese gran problema. Estamos revisando muchos aspectos de nuestro trabajo, pero uno de los principales —que no se resuelve con orientaciones o con una decisión desde la dirección de la FEU— es que los espacios de participación han perdido credibilidad, y los estudiantes no identifican a las instituciones ni a sus dirigentes como su vía de comunicación con la Revolución, como debería ser dentro de un sistema socialista. Esto pasa con muchas instituciones, unas más que otras.

El tema es tan complicado que no se resuelve solo encontrando a un grupo que entienda que ese es el camino. Hay una serie de vicios que nos lastran. Uno de ellos es el de «los funcionarios». No disponemos siempre —a la cabeza de las principales estructuras de las organizaciones— de suficiente nivel cultural y sensibilidad para escuchar a la gente, de una verdadera cultura del debate, como para asumir determinada política. Este problema se repite en casi todas las instituciones. Hay gente muy buena, pero no en los lugares de dirección donde deberían estar; estos han sido ocupados por compañeros que a lo mejor pueden ser muy disciplinados, muy correctos, muy alineados con lo que en algún momento pudo ser necesario, pero que hoy no responden a las necesidades de los cubanos.

La educación en Cuba no es el campo exclusivo de un ministerio, sino de todos los organismos e instituciones, que forman o deforman. Nosotros desde la FEU —no sé si esta experiencia sería útil al resto de la sociedad— hemos analizado que, en Cuba, la Revolución siempre dispuso de mecanismos movilizadores. En los primeros años, la guerra con los Estados Unidos era un mecanismo muy fuerte, que mantenía a la gente en una sintonía particular con la Revolución. Angola, incluso con las contradicciones que la caracterizaron, fue un proceso intenso de participación y movilización. La Revolución siempre ha

desencadenado grandes procesos que implican a mucha gente incorporada en un sentido participativo y de identificación. En los últimos años, nos ha faltado ese tipo de proceso.

La Revolución necesita compartir tareas; por ejemplo, en el caso de los jóvenes, recibimos la del trabajo social. Sin embargo, muchos jóvenes pensamos que es necesario ir más allá de lo asignado, pues queremos también crear en nuestro propio ámbito. Hay numerosos problemas que enfrentar que permitirían sacarlos más allá de la vida diaria, por lo cual esta variante tendría mucha fuerza. No sé si esta idea pudiera aplicarse a toda la sociedad, pero por lo menos los jóvenes, y en particular los estudiantes, tienen ahí una gran necesidad que satisfacer. Esto les permitiría apreciar mejor la nobleza e intención de la Revolución, porque a veces se pierde de vista su verdadera naturaleza, cuando se ha excluido a personas calificándolas de no revolucionarias, porque tenían criterios diferentes, o por no haberlos expresado de la mejor forma. Estas políticas dictadas por personas equivocadas se confunden con las de la Revolución, que como camino trazado hacia la justicia social está más allá. Parte fundamental de las características de la Revolución, especialmente en este período, es cierta rebeldía en la gente, expresión de su inconformidad ante lo mal hecho.

También en lo referente a la formación, subrayo la necesidad de abrir nuevos espacios de debate, pues se trata de un medio necesario para consolidar los principios. A veces se teme a ello, porque se puedan colar el oportunista y otros enemigos reales. Sin embargo, hemos participado en numerosos debates bien polémicos, y hemos comprobado que a mayor amplitud, más se han consolidado los principios, pues es precisamente en ese tipo de experiencias donde se puede palpar la fortaleza de la Revolución. La diversidad de ámbitos para expresar lo que realmente se piensa revela ese vigor, que caracterizó al proceso durante mucho tiempo. No se puede cumplir el concepto de Fidel de cambiar todo lo que haya que cambiar, si no se va a la esencia de los problemas en la confrontación de criterios. Naturalmente, no todo hay que debatirlo, pues sería ir al otro extremo; si se dispone de una estructura de dirección, y hay tareas que cumplir, no se puede estar haciendo un plebiscito cada dos meses. Pero esto no invalida la gran necesidad de debate en las instituciones, las organizaciones y la dirección.

**Oswaldo Martínez:** El peso que tienen hoy la expresión y la participación ciudadanas me parece determinante. Si el consenso ha permitido el sostenimiento de la Revolución cubana y de la construcción del socialismo en las más adversas condiciones inimaginables, asimismo ha funcionado la participación ciudadana. Naturalmente, esa participación

puede y debe ser mejor. El sistema del Poder Popular introduce aspectos novedosos, revolucionarios, de profunda índole democrática. Pero para que no sea bueno solo en sus concepciones y en los excelentes compañeros que lo integran, requiere un nuevo aire, de manera que las elecciones de los delegados de circunscripción hagan que la población se sienta convocada realmente; que las asambleas de rendición de cuenta sean menos formales. Se trata de no desechar lo mucho bueno, pero hace falta superar lo que ya tenemos.

**Isabel Monal:** La participación y la expresión ciudadanas tienen un papel determinante. Los pueblos tienen responsabilidades, y también se equivocan. Y si el pueblo cubano no quiere equivocarse, tiene que estudiar, estar informado, porque no se trata solo del derecho de opinar, sino de hacerlo con responsabilidad. Participar no es solo dar opiniones, sino debatir y participar en la concepción y ejecución de los planes. La toma de decisiones forma parte de este proceso.

Hace falta un diálogo verdadero entre los científicos sociales y los compañeros que toman las decisiones. ¿Qué sentido tiene crear instituciones y poner compañeros a investigar y a estudiar y después no tomarlos en cuenta, ni siquiera llamarlos para ver qué piensan? Se han cometido errores a pesar de que había especialistas disponibles, dispuestos a dar su conocimiento y a trabajar sin horario. Nada puede justificar eso. Además del diálogo entre los especialistas, y entre estos y los tomadores de decisiones, el más importante, la sal de la tierra, para decirlo con palabras de la *Biblia*, es el diálogo con la población, con el ciudadano del socialismo, consciente, educado, cultivado y desarrollado por el socialismo y para el socialismo. Y jamás menospreciar lo que este tiene que decir.

**Concepción Nieves Ayús:** Un elemento medular, sustantivo, diría que hasta definitorio de la transición socialista es la participación. En el transcurso de estos cuarenta y nueve años de Revolución, se han creado las más variadas instituciones y mecanismos para que las personas participen en el proceso, se vinculen con la organización política, y se sientan escuchadas, atendidas. En términos de ciudadanía activa, tal como se promueve este asunto en otros contextos regionales y nacionales, tenemos avances que mostrar. Aunque es necesario perfeccionarla, nuestra institucionalidad ha creado espacios para posibilitar esa expresión ciudadana. Ahora bien, cada etapa exige revisar en qué medida esos mecanismos se corresponden con las nuevas tareas y necesidades. No se puede pretender que el Poder Popular, creado en 1975 en condiciones específicas, esté a la altura de las demandas actuales de participación ciudadana si no se revisan

permanentemente su estructura, funcionamiento, métodos de trabajo. Me refiero al análisis integral de su funcionamiento en cuanto al papel del delegado en la base, la efectividad del proceso de rendición de cuentas, la legitimidad de que gozan las asambleas municipal, provincial y nacional. Las instituciones existen, pero debe existir también un análisis sistemático de las premisas sobre las cuales estas se han construido, para medir si continúan dando respuesta a las necesidades e intereses de la ciudadanía. Cuando hablamos de ciudadano nos referimos al individuo en relación con el Estado, no solo para los asuntos macro, sino preferentemente en los ámbitos cercanos e inmediatos a él como persona pública, a su participación en el proceso electoral, de rendición de cuentas, o en otras acciones dentro de su comunidad. El ciudadano debe conocer y confiar en esas instituciones, pero también exigirles. Hay que poner a tono la participación con las nuevas demandas, y en esa misma medida, perfeccionar nuestras instituciones para que el ciudadano sienta que le son útiles para encauzar sus intereses y necesidades, a la vez que pueda participar en sus actividades; sentir no solo que está demandando, sino que forma parte del proceso de realización de las políticas.

**Fernando Rojas Gutiérrez:** Lo anterior conduce a reflexionar sobre el papel de la participación ciudadana. Las debilidades del consenso no plantean la necesidad de sustituir la organización institucional del sistema, ni afectan el sentido de legitimidad. Las organizaciones cubanas y el sistema político siguen gozando de legitimidad. Se trata de debilidades funcionales para asegurar la participación ciudadana. Por ejemplo, los cambios recientes en la estructura del Partido, que yo celebro, hay que entenderlos como dirigidos a que este avance en la recuperación de su papel dirigente. No se trata de que eso se haya perdido, pero sí se ha resentido el tipo de intervención política que el partido debe tener en la sociedad, y que es necesario recuperar. Pienso que la Juventud Comunista, con su propia lógica, debe analizar cómo participa en su papel de líder juvenil, y no solo como gestora de proyectos. Menciono las dos organizaciones políticas fundamentales, pero análisis similares se pueden hacer para todas nuestras organizaciones sociales y para las estructuras estatales. Es necesario que alcancen niveles de funcionamiento superiores, sobre todo desde la perspectiva de la participación, el punto donde están las principales debilidades; lograr que todas nuestras organizaciones puedan ser realmente vehículos de participación ciudadana.

Una cuestión esencial atañe a la calidad de la participación. La propia lógica de la agresión externa nos ha obligado a insistir, sobre todo, en su carácter

afirmativo; pero debemos avanzar en su sentido propositivo. Es absolutamente imprescindible que las personas se sientan implicadas en las transformaciones necesarias para tener más socialismo; personas que van a exigir, al mismo tiempo, niveles de información y de cultura que faciliten un tipo de participación tendiente al desarrollo socialista. El peligro de que se pueda desatar un fenómeno parecido a la *perestroika* está siempre latente, precisamente por los problemas que mencionaba sobre el consenso. Existe la posibilidad de que emerja una propuesta no socialista. Por lo tanto, tiene que haber mucha más información para poder competir con los medios de difusión adversos, así como más cultura, más educación, y más participación: más gente opinando, discutiendo dentro de las instituciones de la Revolución, porque si esos debates ocurren fuera, se lastima el esqueleto esencial de la sociedad. Los peores errores de la última dirección soviética al pretender modificar las estructuras políticas y sociales, supuestamente bajo las banderas del socialismo, llevaron a desorganizarlo todo y a favorecer que los procesos en marcha se salieran de los cauces de la institucionalidad socialista. Es muy importante no reventar las instituciones, pero al mismo tiempo exigirles una transformación en el sentido de los flujos de información-participación entre la institución y el ciudadano, con la tremenda desventaja de todos los grandes problemas materiales que tenemos. Pero no es posible, so pretexto de que hay muchos problemas de tipo material, dejar de enfrentar este reto.

**R.H. / D.P.:** *¿Cómo se perfigura el socialismo cubano en la perspectiva de la próxima década? ¿Qué papel ocupan en su definición las nuevas generaciones?*

**Jorge Luis Acanda González:** Quisiera que el socialismo cubano de la próxima década fuera menos estadocéntrico, para que se desarrollara más la democratización del poder y de la propiedad. La coyuntura actual no indica necesariamente que vaya a ser así, pues la próxima década se encuentra demasiado cerca. Habría que remontar dificultades y escollos relacionados con factores ajenos o externos a Cuba. Ahí está el imperialismo, que sigue siendo una amenaza sobre el país; y en el mundo prevalece un orden y un mercado global capitalista.

Pero también habría que superar obstáculos mentales e intereses. Se mantienen atrincheramientos mentales, dogmatismos y concepciones muy acendradas en grupos que no están ajenos a relativas cuotas de poder. También existen otros grupos sociales que, por razones muy diversas, no tienen interés en este cambio; algunos muy vinculados a la actividad monetario-mercantil capitalista, que realmente quisieran que estas

se ampliaran; otros cuyos intereses convergen con la idea de un Estado omniculturalizador.

Quisiera que la transición no avanzara hacia el capitalismo ni hacia formas de democracia burguesa, pero tampoco hacia estilos estadocéntricos, que en un momento dado a lo mejor fueron necesarias, pero ya no. En ese socialismo de la próxima década —el que yo deseo o el que exista— ¿qué papel tienen las nuevas generaciones? En primer lugar, ya sabemos que nadie puede dar por garantizado que en la próxima década tengamos socialismo. La cuestión de la reversibilidad la planteó el propio Fidel en uno de sus últimos discursos. Cada generación marca una impronta significativa, aunque en cualquier momento histórico haya más de una generación incidiendo e interactuando. ¿Cuántas generaciones hay en este momento en Cuba, como agentes de la actividad política? Puede ser que haya cuatro. Pero en una perspectiva de futuro, son las más jóvenes las que tienen un papel fundamental.

El futuro del socialismo depende de si se ha avanzado en el camino de la socialización del poder y de la propiedad. De otra manera, puede existir un sistema llamado socialismo, pero que no lo sea realmente. Es evidente que los próximos diez años van a marcar una etapa de recambio generacional en el poder, por razones biológicas. En esa proyección futura, ¿querrán estas generaciones ser la fuerza que propicie la socialización del poder y la propiedad, en busca de un sistema cada vez más socialista? Nadie puede dar esa respuesta de antemano.

Por otra parte, ninguna generación es un grupo homogéneo. En la propia generación del centenario, había individuos de la misma edad que desempeñaron papeles muy tangenciales, o no tuvieron ninguno, o fueron contrarrevolucionarios. Sería demasiado hablar de «los jóvenes». Unos querrán un papel; otros, uno distinto, de acuerdo con circunstancias muy complejas que van desde las historias de vida particulares, hasta inserción en estructuras.

Si una persona desde joven aprende a ser simulador, repetitivo, obediente, a no pensar con cabeza propia, se está prefigurando el futuro. Si se quiere que una generación, o una parte de ella, tenga un papel activo en el sentido de reestructurar el proceso, de impedir que camine hacia todo lo contrario, de salvarlo, enfrentar los escollos, rescatar la idea original, se requiere estructurar su proceso de socialización de tal manera que esto sea posible. No se le puede pedir a una generación que desempeñe un papel histórico clave si esos procesos socializadores —la familia, la escuela, los mecanismos de participación social— la han moldeado de una forma que lo impide.

No hay que olvidar lo que pasó en 1991 en la Unión Soviética cuando, un buen día, Gorbachov dijo: «se

acabó el Partido Comunista»; y más tarde vino alguien más que anunció: «Se acabó la Unión Soviética». No hubo un grupo de poder, aparte de algunos sectores minoritarios, que pudiera haber revertido aquellas decisiones. ¿Por qué? Porque no se había construido socialmente un sentido de independencia, de gestión propia, de autonomía de criterio, pues las estructuras sociales no lo habían desarrollado. La mayoría lo asumió como había asumido todo lo que le había pasado antes, esperando órdenes de arriba. Si se quiere que la generación más joven —que dentro de diez años ya no lo será— pueda asumir ese papel activo, hay que estructurar su vida para que pueda asumirlo, pues no existe ningún contrato ni seguro de vida con la historia.

**Aurelio Alonso:** Es la pregunta para la cual no tengo respuesta. Pienso que en el futuro, el socialismo cubano no se debe parecer mucho, institucionalmente, al que tenemos ahora. Cualquier seguridad excesiva al respecto revela superficialidad o un optimismo triunfalista, como también cualquier derrotismo. El país no está perdido, pues haber atravesado los años 90 como lo hicimos en Cuba, y haber logrado las cosas que hemos logrado, sostienen nuestra esperanza. Hoy estamos asistiendo al nacimiento de un ambiente más propicio a nuestro futuro, en el resto de América Latina, con distintos niveles de radicalidad: haber vivido la época en que surge el ALBA y tener la posibilidad de empezar a trabajar en función de una esperanza que no sea solamente local o nacional.

Aun así, no hay que olvidar que el pueblo soviético venció heroicamente al nazismo, vivió una aparente consolidación del poder económico, político y militar, apreciable en las cuatro décadas posteriores a la guerra, y en los diez años siguientes se desplomó sin que nadie lo esperara. ¿Dónde se perdió aquella fuerza? Hay un poeta árabe cuyos versos dicen: «Vuestros hijos no son vuestros hijos, porque ellos habitan la casa del futuro, donde tú ni siquiera puedes visitarlos». Las nuevas generaciones son la promesa, aunque también pueden detonar el derrumbe de lo que existe.

En otro contexto, las nuevas generaciones de finales de los 80 dieron al traste con el socialismo en la Unión Soviética. Ellas tenían setenta años de formación en el marxismo leninismo estalinizado más cerrado; no tenían acceso al cine de Occidente; no podían experimentar nada de afuera, salvo si entraba clandestinamente; no podían salir del país, ni siquiera moverse libremente dentro del suyo. Mientras las viejas generaciones dominantes no sabían cómo estas pensaban, las nuevas decidieron que no querían esa sociedad.

Me pregunto si hoy el discurso oficial que escuchamos en las nuevas generaciones, incluso con las posiciones que nos parecen más lúcidas, es representativo de lo que piensan realmente los jóvenes.

Indudablemente, cada generación tiene su responsabilidad histórica, pues nadie dirige un país desde la tumba. Cuando desaparezca la generación histórica —la que ha permanecido en la dirección del país desde el inicio de la Revolución—, la intermedia y los más jóvenes estarán a cargo. Los históricos dejan, desde luego, una impronta que incluye las cosas maravillosas que hicieron, los sacrificios que realizaron y la capacidad que tuvieron para lograr que la Revolución se mantuviera. Es necesario reconocer esa deuda. Por otra parte, su presencia en el poder transmite visiones formadas en los años 60 sobre el liderazgo del relevo. Entre esa generación histórica, desde luego, hay figuras con la inteligencia y la lucidez, la capacidad y la flexibilidad para advertir cuántas cosas han ido cambiando desde entonces y que será necesario renovar; otras siguen pensando que el modelo es el mismo. Ha sido una suerte para la Revolución que Fidel, y también Raúl, en sus respectivas responsabilidades, hayan podido perdurar con sus puntos de vista durante todo este tiempo, y dejarnos la experiencia, por ejemplo, de cómo lidiar con los Estados Unidos. En qué medida las nuevas generaciones van a colocarse frente a ese legado es una interrogante abierta que solo la historia futura podrá responder.

**Narciso Cobo Roura:** Nuestro socialismo me lo represento, en un futuro próximo, en lo esencial, con un mayor espacio para la realización personal de todo hombre y mujer; en primer término, como creador de bienes materiales y espirituales, con la consiguiente ampliación de los márgenes para que puedan intervenir de manera más efectiva y creadora en toda actividad económica, cualquiera que pueda ser la forma organizativa que se adopte para ello y la forma de propiedad en que esta se inscriba.

Lo he pensado, lo pienso, lo hablo, desde la perspectiva del Derecho: deben existir otros espacios para intervenir y participar en el sistema de relaciones económicas. Quizás para ello deba producirse una reorganización de las relaciones de producción, implicando cambios y perfeccionamiento en las de propiedad, que permitan la estructuración de estas en un marco más transparente, que contribuya de manera efectiva a su realización y perfeccionamiento, y que pasa igualmente por los intercambios que deben servir de cauce natural para la realización de bienes y servicios.

Y en el plano de la solución de conflictos, que no dejan de ser una consecuencia natural y necesaria de aquellas otras relaciones, me represento un marco más inteligente, de mucha capilaridad, para tutelar todo este complejo tramado de relaciones. Existe una diversidad de vías de solución de conflictos, cada una con diferentes grados de eficacia, según su tipo: desde las que están diseñadas para hacerse efectivas en el ámbito

de jurisdicción estatal, correspondiente al sistema de tribunales, como las que pasan por las soluciones que pueden ser acordadas por las partes y sostenidas, resguardadas y protegidas por el Estado.

El Derecho no solo resulta importante en esta transformación como portador de valores, sino como un elemento activo, dinámico. La irracionalidad de la norma —creo haberlo dicho antes— genera problemas en el sentido más amplio, no solamente disfunciones, sino corrupción. El voluntarismo en el legislador supone un alto riesgo. La norma erige una determinada conducta exigible, la establece como expectativa, y la sociedad le otorga un determinado reconocimiento. La da por buena. Para ello debe poseer un grado de racionalidad, pues de lo contrario corre el riesgo de desencadenar múltiples consecuencias negativas.

El Derecho tiene que ser capaz de detectar sus propias frustraciones normativas y suprimirlas. Por ejemplo, la cuestión de la compra-venta de la vivienda. Es ilusorio suponer que por haberla regulado de forma casi prohibitiva en nuestra norma, no va a tener lugar. Ha continuado, y de paso ha contaminado a tantos ciudadanos como no somos capaces de imaginar. En Derecho, no puede razonarse de esa forma; este tiene que fluir, para contribuir a la transformación, para desempeñar un papel dinamizador. En cambio, ocurre lo contrario, lo que afecta el tejido humano, a la sociedad. Todo esto acarrea afectaciones al sistema de valores.

Respecto a los jóvenes, tengo la suerte de ser padre y profesor. Me entusiasma la negación que encierran —y que no es puramente generacional—, su espíritu crítico, la contradicción que encarnan, su abierto cuestionamiento de las cosas, su inconformidad, y a la vez su capacidad de motivación y de identificación con las tareas. Cuando no están en ese caso, me parece que no juegan su papel. En realidad, me preocupa cuando falta esa confrontación. En un momento de tantas contradicciones, ser contemplativo yo creo que es una falta mayor. Es difícil para ellos. Yo lo entiendo. Conformarse un proyecto de vida hoy, en un marco de tantas restricciones y condicionamientos, y a la vez ser un agente —participar— de las transformaciones que estamos obligados a emprender, se las trae. Y no deja de haber quien lo asume de una manera oportunista, no comprometida, evasiva, limitándose a contemporanizar, más que reproduciendo, incubando una nueva doble moral.

Aprecio, quizás más en lo que niegan que en lo que afirman, la necesidad de corregir y buscar alternativas, y eso me hace pensar que van a ser mejores y van a llegar mucho más rápidamente a los objetivos que nosotros nos trazamos y a los que ellos mismos alcancen a identificar. Es verdad, quizás —y esto se suele afirmar

no siempre con razón— que no tienen el mismo nivel de compromiso. Puede ser. Pero esa no es necesariamente una desventaja, porque les posibilita enjuiciar con mucha mayor objetividad los problemas y, si vamos a ver, es a ellos quienes corresponde en realidad corregir a todos los que hayamos venido actuando con error. Y, por otra parte, a veces no dejamos de confundir compromiso y justificación.

El nuestro es, a veces, un discurso muy justificativo, muy racionalizador, en el sentido de pretender dar razones y explicaciones que no tienen por qué tenerse por buenas, ni asumirse. Y al criticarlo, deben tender a afirmar exigencias y valores muy importantes para ellos, como pueden ser la racionalidad y la transparencia.

A nosotros, el elemento utópico nos marcó; y aunque este muchas veces ha resultado movilizador, también ha tenido un efecto paralizante y, a la larga, contraproducente. Ellos no están movidos por una visión utópica; aunque su ideal pueda funcionar quizás en otro nivel, este es más realizable, y va a tributar de manera mucho más efectiva al estadio que el sistema socialista debe alcanzar. Ojalá que ellos sean lo suficientemente críticos con nosotros como para ser mejores, para hacer las cosas mejor de lo que las estamos haciendo ahora. Espacio y razones para ello, sobran.

**Alexis Codina Jiménez:** Me es difícil prefigurar el socialismo cubano en la próxima década. Muchas de las cosas que quisiéramos hacer no dependerán solo de nuestra voluntad, sino de la situación internacional. El mundo va ganando conciencia de la complejidad de sus problemas, y los pueblos se van despertando y rebelando. Pero las fuerzas reaccionarias que se oponen al progreso son cada vez más agresivas e irracionales en sus pretensiones de imponer una dictadura a nivel planetario, con capacidad y disposición de desatar conflictos, guerras, invasiones. Estamos demasiado cerca de ellos y sus intenciones de destruirnos están muy declaradas para que las ignoremos. Esto nos obliga a estar alertas y preparados. Me limitaré a esbozar las principales direcciones en las que, pienso, debemos concentrar nuestros esfuerzos en los próximos años.

Si en algún período de la Revolución el papel de las nuevas generaciones será particularmente importante será, precisamente, en el próximo decenio. Son las generaciones que nacieron después del triunfo y se formaron en la Revolución. No participaron en las batallas históricas de los primeros años como la campaña de alfabetización, Girón, las nacionalizaciones, la Crisis de Octubre, las zafras del pueblo, por mencionar algunas en las que maduraron y se formaron las generaciones actuales. Muchos se educaron o se hicieron profesionales en los años difíciles del Período especial. Pero han tenido un papel protagónico en el impulso y materialización de los Programas de la

Revolución, desarrollados en el marco de la Batalla de ideas. Además, han recibido una formación profesional, cultural y política muy superior a la de generaciones anteriores. De su identificación con la continuidad del proyecto social de la Revolución podemos encontrar ejemplos excepcionales en los cinco héroes prisioneros del imperio, que a pesar de las ofertas que les hicieron en los primeros momentos, de las crueles condenas y presiones a que han sido sometidos, no han flaqueado, ni claudicado.

Las tareas que tienen que enfrentar las nuevas generaciones son muy diferentes a las anteriores. Los jóvenes de la generación del centenario tuvieron que enfrentar la solución de problemas de muy larga presencia en nuestra sociedad: la miseria, la ignorancia, las enfermedades endémicas, la falta de atención médica, la desigualdad e injusticia social, la discriminación, la ausencia de independencia y de soberanía del país. Convocaron al pueblo para construir un nuevo proyecto social. Las nuevas generaciones tienen que convocarlo para defender, consolidar y llevar ese proyecto a niveles superiores. Para esto tendrán que enfrentar la atención de problemas no menos complejos. Para mencionar algunos, en lo relativo al desarrollo económico: la recuperación y acumulación a la que hice referencia al inicio: la elevación de la producción de alimentos y eficiencia en el uso de la tierra; el aprovechamiento óptimo y desarrollo de nuevas fuentes de energía; el desarrollo de ramas y recursos económicos basados en el conocimiento; la generación de empleo productivo; la recuperación de la infraestructura ferroviaria, viales, puertos, y transporte de carga. En la esfera social y el consumo, continuar el mejoramiento de los servicios educacionales y de atención de la salud (con una población más envejecida); la reparación y construcción de viviendas; el transporte urbano; el acercamiento a la eliminación de la libreta de racionamiento, de manera que quede para la población más vulnerable, y utilizar el mercado para el resto; la elevación del valor real del peso y un sostenido acercamiento del valor de ambas monedas, hasta la existencia de una sola, entre otros.

Todo esto deberá traducirse en un incremento de la riqueza social, con el aumento de los recursos exportables y del abastecimiento de productos y servicios para las necesidades nacionales, así como un incremento de la productividad del trabajo y, con esto, continuar elevando el nivel y calidad de la vida de la población. En lo relacionado con el funcionamiento y la gestión social, deberá producirse, paulatinamente, un proceso de descentralización de decisiones y de recursos que garantice una mayor dinámica en las respuestas a necesidades territoriales y de empresas y entidades, manteniendo reservas en fondos centralizados para

atender necesidades generales y contingencias naturales o provocadas desde el exterior; mecanismos de intercambio, participación y control social más dinámicos; desburocratización del funcionamiento de las instituciones estatales, dando respuestas más ágiles a las necesidades de la población, entre otros.

Hay que hacerlo sin descuidar dos constantes que han estado y deben continuar presentes en cualquier transformación que pensemos: la atención de la defensa y la preservación de los valores de la Revolución —solidaridad, honestidad, internacionalismo. En resumen, la protección hacia fuera (la invulnerabilidad militar de que habló Fidel) y la protección hacia adentro (invulnerabilidad política). La invulnerabilidad económica, por la que tenemos que trabajar intensamente, debe contribuir a las dos anteriores.

Para la orientación y conducción de estos procesos, contamos con el Partido que, bajo la guía de Fidel, ha conducido la Revolución en sus diferentes etapas. Es la institución con la capacidad y autoridad requeridas para integrar todos los componentes de la sociedad y preservar la continuidad de la Revolución, su ideología, sus logros y, fundamentalmente, la unidad del pueblo, que ha sido el factor principal que, junto al liderazgo de Fidel, nos ha permitido resistir las presiones y agresiones de un enemigo tan poderoso como nuestro vecino del «Norte revuelto y brutal que nos desprecia», como lo denominó Martí.

Un comentario final. Raúl dijo en una ocasión, citando a Marx, que los jóvenes se parecen más a su tiempo que a sus padres. Muchos de los menos jóvenes, en ocasiones, hemos actuado sin considerar esta realidad. En lugar de sostener un diálogo abierto, un intercambio de percepciones y enfoques, pretendemos explicar, convencer sobre nuestros puntos de vista, que responden a patrones de referencia y vivencias diferentes. Pienso que las nuevas generaciones se han ganado el derecho y están mejor preparadas para garantizar la continuidad de la Revolución. Tenemos el ejemplo y el pensamiento de Fidel, Raúl, el Che, Camilo, Frank y tantos otros en los que podemos inspirarnos y encontrar fuerzas en los momentos más difíciles.

**Ramón de la Cruz Ochoa:** Para mí, lo más importante respecto al futuro es la esperanza de que el socialismo no se frustre en Cuba. Se trata de preservar ese nuevo tipo de sociedad por la que se ha venido luchando tanto tiempo. Ese es el gran desafío, en el que deben ser incluidas todas las generaciones que convivimos en nuestra nación.

A la generación histórica le tocó cumplir un papel determinante en los últimos cincuenta años. Esta generación ha estado representada, fundamentalmente, por Fidel y Raúl, quienes han gozado y gozan de un gran prestigio y legitimidad. Pero por ley de la vida, el

momento de esta generación ya va pasando para abrirle camino a una nueva generación. Aquí reside un desafío, en la capacidad de relevar a esa generación histórica en las decisiones fundamentales del país, un relevo que debe consolidarse mediante el mayor reconocimiento del protagonismo de las instituciones: el Partido, la Asamblea Nacional, los poderes provinciales y locales, los órganos de justicia; en fin, todo el sistema político del país, que es necesario fortalecer más. Las nuevas generaciones que van a sustituir a la histórica en esa tarea lo necesitan aún más, ya que, por razones obvias, no van a tener el grado de legitimidad ni el acervo histórico de que esta ha gozado.

**Enrique Gómez Cabezas:** Hubo una etapa en que existía un mayor grado de incertidumbre sobre el futuro, aunque nunca concebimos un futuro que no fuera socialista, pero estamos viviendo un renacimiento del ideal socialista. En los próximos años seguiremos luchando incesantemente, son enormes los desafíos que se nos presentan.

Ciertamente, nuestra economía muestra señales de recuperación gradual y sólida y son prometedores todos los programas en que estamos inmersos para hacer nuestra obra más justa y más humana. Alientan también los cambios que ocurren en el continente, y las posibilidades que se abren con el ALBA para hacer frente a las ansias de dominación del imperialismo. Pero no podemos perder de vista los problemas globales causados por el orden económico impuesto hoy por los poderes supranacionales de los monopolios, de los que no escapa nadie. La crisis energética es tal vez el principal y tiene un efecto desencadenante: guerras de conquista, contaminación ambiental, calentamiento global, desastres naturales, desaparición de los bosques, escasez de alimentos y altos precios, desertificación de suelos y carencia de agua, muerte y destrucción. Cuba asume su responsabilidad con el destino del mundo, cuando promueve hoy una Revolución energética a nivel global; tiene un valor extraordinario la fuerza moral y el liderazgo internacional del compañero Fidel, avalado por las realizaciones concretas que demuestran todo lo que se puede hacer con voluntad política, a pesar de no disponer de importantes recursos materiales.

**Carlos Lage Codorníu:** Hacia dónde vamos, es algo que todavía no sabemos. Le llamamos socialismo, aunque el socialismo, como lo plantearon los marxistas clásicos, no ha existido nunca. La inmensa mayoría de la gente, aquí en Cuba —salvo excepciones—no quiere regresar a la sociedad anterior, de manera que hay límites que nosotros los cubanos no queremos pasar. Por eso nuestro camino quizás implica, como dicen los matemáticos (por reducción al absurdo), construir al revés el otro mundo.

## ¿Cómo se prefigura el socialismo cubano en la perspectiva de la próxima década? ¿Qué papel ocupan en su definición las nuevas generaciones?

En esta construcción, los jóvenes tenemos el papel de empujar y proponer. Hay un debate pendiente entre generaciones, entre lo que cree la generación de nuestros padres, y una que también quiere proponer nuevas ideas. Incluso los más ortodoxos entre nosotros los jóvenes, tenemos maneras distintas de pensar, y de asumir, no solo la Revolución, sino la vida en la sociedad. Hasta en las familias, hay concepciones distintas, entre padres que pudieran parecer muy abiertos en ciertas posiciones, e hijos con quienes la relación, finalmente, falla. A menudo, los padres, que tuvieron una vida de mucho sacrificio en los inicios de la Revolución, nos formaron tratando de que no pasáramos las dificultades que ellos tuvieron, cuando probablemente debieron haber hecho todo lo contrario.

No se trata de incomunicación, pero sí hay muchas ideas nuevas que todavía necesitan poder expresarse. Y los responsables de esa deficiencia, en última instancia, somos nosotros los jóvenes. Para fortalecer el peso de la joven generación es necesario empujar, hacernos más presentes. Hay sectores que han advertido la necesidad de que los jóvenes se incorporen; pero en otros todavía hay mucha reserva.

Resulta fundamental en este sentido el papel de una vanguardia joven, que pueda nuclearse, conocerse, ayudarse, estimularse y darse fuerza. No podemos esperar que nos ayuden a empujar o a proponer, todo depende de nuestro propio esfuerzo, como en otros momentos los jóvenes lo hicieron. La diferencia de aquel otro momento es que entonces los jóvenes querían romper con un estado de cosas, con todo un orden social; mientras que hoy se trata de romper otro estado de cosas, pero sin atacar la lógica del orden social. Queremos proponer y hacer cosas nuevas, no necesariamente como las piensan otras generaciones, pero sin negar la Revolución. Eso es lo que significa continuidad, no repetir la historia, sino asumirla dialécticamente.

**Oswaldo Martínez:** Aunque estoy curado en salud de caer en ese economicismo que pretende resolverlo todo dentro de una fórmula económico-técnica, tengo el vicio de apoyarme en la economía. Si algo la vida me ha enseñado, lo que he aprendido de mis lecturas y experiencias, es que si la economía no está guiada por la política y la ideología, puede convertirse en un monstruo. Estoy convencido de que dentro de diez años, tendremos una mejor situación. Obviamente no

vamos a ser una sociedad de consumo; pero algunos de los problemas que más le aprietan el cinturón a nuestra población en estos momentos se habrán aliviado considerablemente: la vivienda, el transporte y la producción de alimentos. No quiero usar palabras gastadas, como que «se está trabajando fuertemente», «hay planes y proyectos»; pero confío en que habrá sustanciales mejorías.

Dentro de algún tiempo, probablemente tendremos otra dirección política en el país. Esta será necesariamente una dirección de estilo público más colectiva, pues no habrá una figura del calibre histórico de Fidel, y no estará compuesta por los hombres que participaron en la Sierra y en los procesos de gestación de la Revolución cubana, sino por nuevas generaciones. En ese futuro, Cuba tendrá también una situación internacional aún más favorable. La ruptura que se está produciendo en la dominación imperialista sobre América Latina debe profundizarse.

En cuanto a nuestra transición, creo que no habrá terminado. He ahí otro tema de debate. Recuerdo aquellos manuales de marxismo-leninismo que casi establecían el momento exacto en que podría decirse que se había terminado la transición y construido el socialismo.

De hecho, ese futuro está en parte ya adelantado. El relevo generacional se ha ido produciendo de manera natural, en el sentido de que no hemos cometido el error de esperar a que la generación histórica desaparezca para introducir de golpe y porrazo a las nuevas generaciones, sino ha ido ocurriendo de forma gradual. Tenemos un ministro de Relaciones Exteriores de cuarenta años, junto a otras figuras que no pertenecen a la generación histórica. Se ha conformado ya un equipo de dirección en el que participan esas generaciones nuevas. Dentro de un tiempo lo estarán en mayor medida, y también otros más jóvenes que ellos, como los que ahora se dedican al trabajo social o integran las filas de la juventud, reciben los cursos de superación integral, o son miembros de la Asociación Hermanos Saíz de jóvenes artistas y creadores. Ellos estarán entonces en pleno proceso de participación política y accediendo a esos niveles de dirección.

**Isabel Monal:** Este período de transición socialista cubano sigue su proceso a partir de donde está, aunque no tengo la menor idea de lo que será la década próxima. Pero ciertos temas de los que hemos hablado

—el diálogo, el consenso, la participación, evitar funcionar con ideas abstractas, extraer las enseñanzas, ver al socialismo como proceso— deberán estar presentes con más fuerza. Vamos también a extraer experiencias de los otros procesos que están teniendo lugar hoy en América Latina, aunque, con excepción del venezolano, no se han propuesto, por el momento, el socialismo. La integración de América Latina, de la que ya estamos formando parte va a traer implicaciones para nuestro proceso socialista, no solo porque aprendamos de lo que hacen los otros, sino porque hay que adecuarse a las nuevas exigencias de esas integraciones, y de las experiencias que nos traen. El ALBA, por su parte, significa un nuevo concepto de relaciones e integración. En conjunto tenemos ante nosotros un nuevo reto del socialismo *en* las nuevas condiciones del siglo XXI, y teniendo en cuenta las enseñanzas acumuladas en el siglo pasado.

Respecto a las nuevas generaciones, estas van a tener el papel decisivo. Ellas serán las protagonistas. Ese es un punto que tiene sus complejidades y matices. Se llama «generación histórica» a la que cumplió un liderazgo histórico y cuyos dirigentes todavía están actuando, que no solo son los padres del proceso, sino que entre ellos está el genio político de Fidel Castro. Las fuerzas revolucionarias del siglo pasado produjeron dos grandes genios políticos, Lenin y Fidel, que no lo fueron solo por dirigir un proceso en un país o en una zona, sino que tuvieron la capacidad de ver el mundo en su globalidad y en su complejidad. Es difícil razonar sobre la Revolución cubana sin tener en cuenta algo que la propia historia produce tan raramente.

Fidel y la dirección histórica de la Revolución siempre les dieron un papel a los jóvenes a medida que pasaban los años. En 1961, por ejemplo, la generación histórica participó en la alfabetización, pero fue sobre todo una tarea entregada a los muchachos que tenían quince o veinte años. La epopeya de Angola la realizaron varias generaciones. Hoy, generaciones de médicos cubanos brindan otra faceta del quehacer solidario. Hay tareas que parecerán tener una dimensión heroica mayor; pero quizás para las generaciones actuales haga falta una mayor heroicidad, que no es visible en el proscenio, sería una heroicidad íntima, de uno frente a uno mismo, aunque no sea exponiendo la vida por otro. La juventud de hoy, y la que viene detrás de esta, que hoy son niños, tienen la tarea de la integración del continente, de ganarle definitivamente la batalla al imperialismo. Estos son retos descomunales.

La decisión del individuo es aceptar los retos que le impone la historia, y aunque estamos viviendo un momento fabuloso en América Latina, nada indica que es seguro obtener los éxitos. De aquellos que buscan el cambio profundo, dependerá que se tenga éxito o no.

No basta con luchar por ello, sino hacerlo con inteligencia. Fidel decía en uno de sus discursos que la Revolución, entre otras cosas, era sentido del momento histórico. Hay algunos procesos que están demostrando tener sentido del momento histórico. Cuba forma parte de ese proceso, y nuestra juventud será la encargada de conformar y llevar adelante los grandes proyectos.

**Concepción Nieves Ayús:** No podemos pensar el socialismo cubano sin mirar al mundo donde estamos situados, pues muchas variables de carácter global influyen en la posibilidad de desarrollo interno. En primer lugar, el socialismo cubano, con sus imperfecciones, problemas y contradicciones, lo vamos a seguir defendiendo para que pueda mantenerse frente a la confrontación ideológica, política y militar con el imperialismo. Por eso, la preservación de la calidad del consenso es tan importante, pues no podemos decir ciegamente que el socialismo lo vamos a mantener sin tomar en cuenta los muchos problemas que se deben superar. En segundo lugar, hay que mirar el mundo. Un tema básico son los problemas globales, como el cambio climático, los desafíos ecológicos —sobre los que ha escrito tanto Fidel últimamente—, pues no vivimos en una urna de cristal, sino en un mundo —los africanos, los latinoamericanos— interconectado. En tercer lugar, están las estrategias de los Estados Unidos para estos próximos diez años. Todos esos factores hay que tenerlos en cuenta para pensar, a largo plazo, el socialismo cubano.

Pensar la sociedad cubana dentro de diez años significa plantearse la solución de los problemas que tenemos hoy, incluido el desarrollo productivo, el aumento de la eficiencia, con independencia de los apoyos económicos externos; cómo podemos fortalecernos con nuestros recursos propios, tanto naturales, materiales, como humanos. Porque la inteligencia de los cubanos se ha enriquecido, su cultura ha aumentado, pero debemos saber aprovechar estas potencialidades y continuar desarrollándolas, como se advierte en las políticas trazadas en la Batalla de ideas.

Otro problema clave es el del involucramiento del pueblo, que es lo que identifica un proceso socialista, dirigido a elevar el bienestar de las personas de una manera solidaria. Se trata, como decía Marx, de un sistema donde el libre desarrollo de cada uno será la condición para pensar el libre desarrollo de todos. Se trata de pensar de manera integral esa sociedad, y su economía, pero también sus mecanismos políticos de involucramiento de las personas; del bienestar y la felicidad de la gente, porque el socialismo no es un ente abstracto, sino una sociedad que puede garantizar su plenitud no solamente personal, sino como seres sociales. No puedo vaticinar cómo vamos a estar dentro de diez años, debemos superar un conjunto de

contradicciones propias del proceso de la transición. En un mundo con tantos conflictos, es necesario actuar con inteligencia para preservar lo que tenemos.

La propia dirección histórica tiene conciencia acerca de la necesidad de garantizar la continuidad. Van a producirse rupturas necesarias, como es lógico; pero sin que haya un abismo o un distanciamiento. Esto ya se aprecia en los nuevos programas y políticas que se están aplicando para atraer a esa masa de jóvenes al proceso revolucionario mediante la educación, de manera que no se sientan marginados, sino partícipes, tenidos en cuenta. Esta juventud disfruta de las conquistas de la Revolución como algo ya dado, no tuvo la oportunidad de luchar en la Sierra, en Girón; sus exigencias y metas son muchas y diferentes, más elevadas, a tono con el tiempo histórico en el que les ha tocado vivir. Es necesario que asuman sus propias tareas y que puedan formar parte también de este proceso de continuidades. Si no se lograra este objetivo, entonces sí estaría en peligro el proceso.

Detrás de la generación histórica que hizo la Revolución, y cuyos miembros tienen una edad avanzada, hay por lo menos dos generaciones más. Pero no basta con esa sucesión generacional ya formada; es definitorio que las que hoy están formándose también sientan el proceso como suyo. La juventud cubana, en esencia, es revolucionaria; pero tiene intereses propios. Hay que tratar de que encuentren su propio camino en la Revolución.

**Fernando Rojas Gutiérrez:** En la actualidad, la tarea fundamental para esta sociedad es la de producir bienes materiales. No es saludable suponer que vamos a ser un país importador de esos bienes. Antes mencioné la importancia de nuestras relaciones con países hermanos, sobre todo en América Latina, teniendo en cuenta que nos encontramos en un proceso de revolución internacional. Ahora bien, Cuba necesita de la producción material. Estamos en un momento que puede hacer parecer esta meta tan colosal como hace cuarenta años, pero no hay otra solución a nuestros problemas cotidianos, salvo que este país produzca bienes materiales. En la perspectiva de los próximos diez años, al socialismo cubano le hacen falta mayores niveles de prosperidad material ciudadana. El interés de las personas en vestirse, comer adecuadamente, tener sexo, divertirse cultamente, no se debe identificar con ansias de consumo. Yo quisiera vivir en un país socialista

con todas nuestras ventajas, pero con más prosperidad material. Esta idea puede evocar el momento en que estalló el experimento socialista en Europa oriental. Recuerdo aquellas manifestaciones en Praga donde se veían unas pancartas que decían: «No queremos embutidos, queremos libertad». El socialismo implica las dos cosas: embutidos y libertad. No solo necesitamos mantener estos cauces abiertos para el crecimiento cultural, sino fortalecer el sentido socialista de esos cauces y lograr educar a nuestra gente en que el capitalismo no es la alternativa. Me asusta apreciar que circula hoy, con tremenda naturalidad, la idea del capitalismo como una idea liberadora. Quiero que resolvamos ese problema en los próximos diez años con más cultura, más información, y al mismo tiempo, con una mejoría sustancial de las condiciones de vida.

Después de la generación histórica que hizo la Revolución —y por esa razón tiene que ser la que nos conduzca en este momento, y por eso mismo, con toda probabilidad no estará dentro de diez años— el problema de la sucesión o de la convivencia de las generaciones revolucionarias no se podrá plantear de la misma manera. A ninguna generación siguiente le va a tocar el papel de la generación histórica. Y lo que me gustaría es que no tengamos que preguntarnos cómo conviven las generaciones, sino que estas, sencillamente, lo hagan, de manera que el mérito, la capacidad, el trabajo y la participación, decidan el papel de cada ciudadano. Para llegar hasta ahí habrá, sobre todo, que trabajar a fin de que los jóvenes tengan cada vez un mayor papel. Curiosamente, esta época de la que hemos estado hablando, además de ser años de grandes transformaciones culturales y educacionales, han sido también de mucho paternalismo, lo cual es un contrasentido con la idea de producir grandes transformaciones revolucionarias educacionales y culturales. Percibo sin embargo —y es una percepción que arranca del último congreso de la FEU, y de los años más recientes— la aparición de líderes juveniles que comprenden la necesidad de no ser objeto ni de practicar con sus iguales una relación paternalista. Pienso que este ya es un resultado de estas transformaciones educacionales y culturales que se requieren.

© TEMAS, 2007